

textéticas

letras &
pensamiento

OBRAS GANADORAS
DEL CONCURSO DE CRÓNICA
DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA
DEL ÁREA ANDINA
(2016-2019)

textéticas

letras &
pensamiento

CERVANTES HERNANDO IGNACIO
CORREA BONILLA HUMBERTO
TÍJARO DÍAZ ANDREA CONSTANZA

EQUIPO CENTRO DE LECTURA
Y ESCRITURA AREANDINO (CLEA)

AREANDINA
Fundación Universitaria del Área Andina

Centro de Lectura y Escritura Areandino compilador

Textéticas: letras & pensamiento. -- / autores Andrea Constanza Tijaro Díaz, Belén Leal Hurtado, Oscar Jair Macías, Leidy Katherine Rodríguez Sierra, José Luis Aponte, Hanna Carolina Niño-- Bogotá: Fundación Universitaria del Área Andina, 2018.

ISBN en papel: 978-958-5539-38-9

ISBN en digital: 978-958-5539-39-6

124 páginas: ilustraciones, fotografías; 23 cm.

Incluye índice.

Lectura 2. Universidades. 3. Educación. 4. Escritura.

Catalogación en la fuente Biblioteca. Fundación Universitaria del Área Andina (Bogotá)

378.04 – scdd22

Textéticas. Letras & Pensamiento

© Fundación Universitaria del Área Andina. Bogotá, diciembre de 2018

© Andrea Constanza Tijaro Díaz, Belén Leal Hurtado, Oscar Jair Macías, Leidy Katherine Rodríguez Sierra, José Luis Aponte, Hanna Carolina Niño, Hernando Ignacio Cervantes Gómez, Humberto Correa Bonilla

ISBN (impreso): 978-958-5539-38-9

ISBN (digital): 978-958-5539-39-6

Fundación Universitaria del Área Andina
Calle 70 No. 12-55, Bogotá, Colombia
Tel: +57 (1) 7424218 Ext. 1231
Correo electrónico: publicaciones@areandina.edu.co

Director editorial: Eduardo Mora Bejarano
Coordinador editorial: Camilo Andrés Cuéllar Mejía
Diseño de ilustraciones: Estefanía Florez Torres
Diagramación, producción editorial e impresión:
Entrelibros e-book solutions - www.entrelibros.co

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin autorización escrita de la Fundación Universitaria del Área Andina y sus autores.

BANDERA INSTITUCIONAL

Pablo Oliveros Marmolejo †
Gustavo Eastman Vélez
Miembros Fundadores

Diego Molano Vega
Presidente del Consejo Superior y Asamblea General

José Leonardo Valencia Molano
Rector Nacional
Representante Legal

Martha Patricia Castellanos Saavedra
Vicerrectora Nacional Académica

Jorge Andrés Rubio Peña
Vicerrector Nacional de Crecimiento y Desarrollo

Tatiana Guzmán Granados
Vicerrectora Nacional de Experiencia Areandina

Edgar Orlando Cote Rojas
Rector – Seccional Pereira

Gelca Patricia Gutiérrez Barranco
Rectora – Sede Valledupar

María Angélica Pacheco Chica
Secretaria General

Eduardo Mora Bejarano
Director Nacional de Investigación

Frank Leonardo Ramos Baquero
**Decano Facultad de Ciencias Jurídicas,
Sociales y Humanísticas**

Luz Tatiana Gómez Sánchez
Subdirector Nacional de Publicaciones

Camilo Andrés Cuéllar Mejía
Directora Departamento de Humanidades



CONTENIDO

PRESENTACIÓN CENTRO DE LECTURA Y
ESCRITURA AREANDINA (CLEA) 9

PRÓLOGO 11

ACERCA DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA 19

EXPLORANDO EL MUNDO DE LA CRÓNICA EN
AREANDINA
PUERTAS ABIERTAS A LAS HISTORIAS DE ESTUDIANTES Y
DOCENTES 25

REFLEXIONES EN MI PRIMER DÍA DEL CURSO
DE FUNDAMENTOS DE INVESTIGACIÓN
POR: MARÍA VICTORIA APONTE VALVERDE 47

TRAVESÍAS LABORALES Y DOCENTES
POR: BELÉN LEAL HURTADO 57

EL DÍA DEL ADIÓS NO HACE AL HÉROE
POR: OSCAR JAIR MACÍAS 69

EJÉRCITO DE ÁNGELES
LEIDY KATHERINE RODRÍGUEZ SIERRA..... 77

¡MUCHO POLVORÍN!
POR: ANDREA CONSTANZA TIJARO DÍAZ 93

COLCHA DE RETAZOS
POR: JOSÉ LUIS APONTE 107

EL CAMINO DEL PLACER..... 119



PRESENTACIÓN CENTRO DE LECTURA Y ESCRITURA AREANDINA (CLEA)

El Centro de Lectura y Escritura Areandina, CLEA, fue creado con el propósito de fortalecer y motivar los procesos de lectura y escritura en la institución, dando cumplimiento a una de las funciones transversales del Departamento de Humanidades.

Así, de acuerdo con la misión de la Fundación Universitaria del Área Andina, de contribuir a la formación integral y permanente de personas, desde un enfoque humanista, y de pensamiento crítico y reflexivo, CLEA tiene como misión formar una comunidad universitaria competente en el campo de la lectura y la escritura por medio de diversos frentes de acción como la elaboración de material académico, realización de variadas actividades de aprendizaje, formación de espacios de deliberación e intercambio de experiencias significativas al interior y fuera del aula, entre otros.

De esta forma, en concordancia con la pretensión de generar acciones tendientes a la formación de una cultura univer-

sitaria para la lectura y la producción escrita, proporcionar herramientas a estudiantes y docentes para el ejercicio de las mismas de forma comprensiva y crítica, el equipo de docentes que conforman este centro presta orientación a estudiantes, docentes y administrativos que buscan mejorar sus competencias en diversos aspectos relacionados con el tema de la comunicación por medio de las tutorías, una de las estrategias implementadas para dicho fin.

En este sentido, el concurso de crónica liderado por CLEA, se ha constituido en un ejercicio de escritura de carácter participativo con bastante acogida por parte de la comunidad académica, que fomenta el acercamiento a la práctica de la redacción y creación de productos culturales, incluso ha sobrepasado el aspecto académico para ser también una forma de catarsis del participante, donde manifiesta sus emociones y realidades abierta y honestamente, confiando su vida y visión de mundo al lector, pues el escritor comparte parte de su ser en cada una de sus composiciones, convirtiéndose en una práctica profunda del ser humano que apela a la disposición multidimensional del receptor, tal como lo reflexiona la escritora Svetlana Alexiévich, al citar al poeta Joseph Brodsky para referirse a sus palabras cuando le preguntaron “¿Cómo podemos diferenciar la gran literatura de la mediocre?”, y él contestó: “Por el gusto por la metafísica.” Pero ¿qué es la metafísica? Es cuando una persona puede ver con mayor profundidad. En todo este proceso también está involucrado el mundo, el universo, los enigmas existenciales de la persona. Ha alcanzado otro tipo de entendimiento. Esa es la diferencia.

Andrea Constanza Tijaro Díaz
Docente Departamento de Humanidades
Centro de Lectura y Escritura Areandino (CLEA)

PRÓLOGO

La palabra *crónica* significa, en su sentido más primario, *seguir el flujo del tiempo*. Es muy probable que la crónica sea el primer género narrativo tratado por la humanidad. No hay pueblo sobre el planeta que no construya su identidad cultural sobre la base de historias de origen que, sin importar lo implausibles que sean sus personajes y peripecias, siempre se pueden fundar en las circunstancias geográficas o temporales específicas de dicho pueblo. Antes de la invención de la escritura, la crónica no necesitaba estar fuertemente ligada a la necesidad de registrar el tiempo diacrónico del calendario al cual estamos acostumbrados hoy en día, pues las sociedades vivían de acuerdo a un tiempo cíclico que se renovaba con los meses lunares o las estaciones.

Esa continuidad cíclica de las primeras culturas hacía que las historias narradas eventualmente perdieran su relación inmediata con los sucesos que les dieron su origen, y devinieran en los compendios mitológicos que hoy en día solemos asociar a las civilizaciones de la Antigüedad, en donde lo maravilloso y lo factual se funden para poblar nuestro universo de la imaginación de criaturas improbables en cuya observación gastamos horas gozosas de escape de la realidad. Sin embargo, no hay que olvidar jamás que para

esas sociedades la división que hacemos nosotros entre lo *factual* y lo *mítico* es ilegítima, y que sus complejos relatos de dioses, héroes y monstruos eran su propia historia.

El advenimiento de la palabra escrita permitió por primera vez que los acontecimientos narrados pudieran atribuirse de manera confiable a individuos y circunstancias específicas, escapando así al desdibujamiento propio de los ciclos temporales. Los reyes y otros grandes personajes de los imperios agrícolas de hace cinco mil años lograron que sus glorias y sus tragedias quedaran registradas sin adulteraciones en sus anales y registros de piedra, cerámica o papiro para asombro de la prosperidad. La invención de la escritura permitió no solo la idea de la fama imperecedera, sino que también significó la invención de lo que conocemos como *realidad*, es decir, un relato del mundo fijo, inamovible y defendido por la autoridad, contra el cual no es posible rebelarse sin incurrir en el crimen o enfermedad conocidos como locura.

Reyes, subversivos y conquistadores comprendieron, casi al mismo tiempo, el poder enorme de la palabra escrita para hacerse dueños de la realidad, y desde esos tiempos hasta ahora todas las guerras, grandes y pequeñas, que han plagado a la humanidad, están legitimadas en crónicas conflictivas que se imponen en la victoria o se suprimen en la derrota. Es exactamente así como se construyó la historia oficial de nuestra América Latina: los documentos perdurables que nos quedan son las crónicas escritas por los conquistadores españoles, mientras que la historia de los pueblos a los que conquistaron o aniquilaron solo puede reproducirse de manera muy imperfecta por medio de pequeños indicios que sobreviven tercamente en los márgenes del relato predominante.

No obstante, así como la palabra escrita permitió durante milenios el control de la realidad por parte de la autoridad, la

invención de la imprenta rompió dicho monopolio ostentado por los escribas oficiales, y permitió que numerosas otras voces accedieran de manera directa y sin intermediarios a la posibilidad de construir la realidad. Al poco tiempo de la invención de la imprenta, el volumen de obras era tal que rebasaba todos los intentos de censura oficial, y muy pronto se empezaron a colar en la historia relatos disidentes que rescatan perspectivas de la historia construidas por los excluidos: los niños, las mujeres, los pícaros, los indígenas o el Lazarillo de Tormes, sor Juana Inés de la Cruz y Felipe Huamán Poma, entre otros, filtran sus testimonios por los intersticios de la jaula oficial, a veces pintándolos de ficción o poesía, pero cada vez más de manera directa, sin disfraces.

Y es aquí en donde América Latina asume un papel pionero en la historia mundial. Siglos antes del *New Journalism*, los relatos no suficientemente filtrados de corresponsales disidentes informan y completan la historia en español de un continente pleno de contrastes y contradicciones, en donde todos los estratos y condiciones se confunden en un mismo crisol. *El Carnero* de Rodríguez Freyle, publicado en 1638, sienta las primeras bases de una sociedad mestiza cuya fuerza arquetípica sería movilizada dos siglos después para formar el imaginario que haría posible la independencia. Todas las grandes plumas de la América republicana se movieron en el relato pormenorizado de pequeños incidentes de la vida fáctica, dando origen a la acepción de crónica como “relato literario de un suceso ubicable en el tiempo” que manejamos en este volumen de trabajo. Dicha acepción de crónica es exclusiva de las lenguas romances (español, portugués, italiano y francés), y en todas ellas está asociada al relato de lo pequeño, lo invisible, lo personal o lo de actualidad.

Esas prosas de lo cotidiano (o lo extraordinario pero comprobable) han forjado la carrera de los escritores más imaginativos de nuestra historia, que empezaron como periodistas: García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, Rulfo,

Cortázar, Benedetti, por mencionar a unos pocos. Y muchos de ellos, como Gabo, claman que sus obras más conocidas no son sino versiones *ficcionalizadas* de las historias que han leído o escuchado toda su vida. La parte *realista* del realismo mágico proviene de estas crónicas. Desde estas latitudes, la crónica como género literario se difundió e inspiró la obra de grandes escritores a nivel mundial: Capote, Mailer, Kapuscinski, Grass, Rushdie. En la actualidad, muchos de los escritores más destacados cultivan este género de manera ocasional o exclusiva: Alberto Salcedo Ramos, Leila Guerrero, Julio Villanueva Chang, entre muchos otros. Y muy pocos autores de esta parte del mundo pretenden negar que sus obras tengan un fuerte arraigo en la realidad tal como ellos la viven o la recuerdan.

Habiendo hecho esta crónica somera sobre la crónica, cabe preguntarse: ¿Cuál es su importancia? ¿Por qué pretender que los estudiantes y docentes de una institución universitaria en la que no hay un programa académico de literatura o de periodismo cultiven este género en un concurso anual? Trataremos de presentar nuestros argumentos de la manera más concisa posible.

La crónica visibiliza lo invisible: gracias a las crónicas de (o sobre) testigos presenciales sabemos muchas cosas sobre las cuales no tendríamos otra noticia: desde los relatos orales de nuestros abuelos, fuente que nos entronca con los orígenes mismos de la cultura, pasando por los relatos de las monjas mexicanas y colombianas del siglo XVIII que nos dicen que las mujeres de esas épocas y lugares tenían un rico mundo interior que de otro modo no sospecharíamos que existía; la crónica de John Hershey sobre Hiroshima nos dice cómo es sobrevivir al interior de una explosión atómica; *La guerra del fútbol* de Ryszard Kapuscinski nos lleva de la mano a través del origen absurdo del conflicto bélico. Y por la misma línea, *Malvinas un año después*, de Gabriel García Márquez. Estos y muchos otros

ejemplos nos demuestran la manera en que la crónica amplía y complejiza nuestro mundo de la vida. Como podrán ver en varias de las obras que están a punto de leer, los estudiantes de la Fundación Universitaria del Área Andina provienen de entornos inesperados y desconocidos para la gran mayoría: la rumba urbana; las selvas y los campos; la intimidad de las relaciones laborales o la devoción religiosa.

La crónica denuncia y transforma: por libros como *Memoria del fuego* de Eduardo Galeano o *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska pudimos darle identidad al terror estatal que asoló América Latina, y al darle identidad pudimos desafiarlo y desmontarlo. Muchas de las obras del presente volumen reflejan que nuestros estudiantes y profesores provienen de entornos marginalizados por alguna forma de abuso: regiones excluidas de la presencia estatal; exclusión por razones de género, edad u origen social; historias de superación de violencias familiares o sociales. Estos relatos exponen valientemente estos contextos y los hacen visibles, y al hacerlo, los transforman.

La crónica explica la historia personal: en todos los casos, es evidente que los autores de este volumen no acometen la tarea de la crónica buscando una figuración vacía, una fama fácil lograda sin esfuerzo. En general, los docentes que en algún momento han acompañado a los estudiantes en la ardua tarea de redactar estas crónicas pueden constatar una batalla genuina por entender un misterio profundo de la vida, y al final logran siempre una revelación sorprendente. Este concurso se basa en la noción de que contarse a uno mismo la propia vida es la mejor forma de conocimiento. Citando al gran cronista polaco Ryszard Kapuscinski: “Confucio ha dicho que como mejor se conoce el mundo es sin salir de casa. Y no le falta razón. No es imprescindible desplazarse en el espacio; también se puede viajar hacia el fondo del alma.”

Como resultado de estas búsquedas, reunimos una muestra muy variada de historias con un alto valor testimonial y estético. Puesto que es el resultado de la expresión libre de estudiantes y profesores provenientes de muchos senderos, hemos hecho lo posible por preservar la voz original de los autores, y de solo corregir aquellos aspectos de su prosa que interfirieran con la comprensión de los textos. En eso nos plegamos un poquito al maestro de cronistas Gabriel García Márquez cuando dice: "Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer *lagrima* donde diga *lágrima* ni confundirá *revólver* con *revolver*."

Humberto Correa

Profesor del Departamento de Humanidades
Fundación Universitaria del Área Andina

ALGUNAS LECTURAS RECOMENDADAS:

Boorstin, D. J. (2000). *Los descubridores*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, S. A.

Campbell, J. (2015). *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Caparrós, M. (2016). *La crónica*. Bogotá: Planeta.

Carrión, J. (2012). *Mejor que ficción: crónicas ejemplares*. Barcelona: Anagrama.

- Foucault, M. (2000). *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jung, C. G. (2010). *Los Arquetipos y lo inconsciente colectivo*. Madrid: Trotta.
- Skirius, J. (2004). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña P., et al. (2014). *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, A. (2004). *Naufragios*. Recuperado de www.gutenberg.org/ebooks/11071

ACERCA DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA

Acercarse a leer las líneas enviadas por estudiantes, docentes, administrativos, para participar del concurso organizado por el Departamento de Humanidades de la Fundación, se constituye en un reto, pero, a su vez, en una feliz oportunidad para descubrir las capacidades imaginativas y escriturales de seres anónimos, que llevan en su mochila y en su cabeza, miles de historias, de anécdotas, que esperaban el momento ideal para ser contadas y, el instante justo para que cada autor desate sus sueños de fabulador, de contador de historias, de pretendiente escritor.

¿CÓMO DAR CUENTA DE CADA CRÓNICA Y CÓMO REALZAR EL ESFUERZO DE CADA AUTOR?

Pues, ¡intentando hacer lo mismo!, una crónica en la que resumidamente, quien ha fungido como lector y jurado, señale objetivamente las sensaciones que le ha dejado el contenido de las mismas o, el sólo título. Veamos cómo sale el ejercicio.

Tuve la fortuna de pasearme por una cumbre animal en *Proyecto U*, los animales me continuaron persiguiendo en *CreCIMIENTO*, y su *compromiso ambiental*. Sentí como propio *el verdadero triunfo*; esa lucha deportiva de las personas que padecen parálisis cerebral.

Me pregunté, al igual que Cristian Camilo, ¿Por qué esto, aquí y, ahora? y comprendí su decisión acerca del estudio.

Viví el feminicidio leyendo *el diseñador diseñado*, el sufrimiento de un joven por su figura física, que contradice la belleza y hermosura que aplaude la sociedad.

Caminé con Near, para estar un paso más cerca de las realizaciones personales, de ser un diseñador.

Estuve a punto de *encontrar mi camino*, junto a Annie Stuart, viendo su video casero, viviendo sus constantes cambios, hasta llegar a la sicología.

Escribir, escribir..., *Una historia común*, la de María Alejandra, la aspirante a optómetra, la mujer que algún día vivirá entre lentes y monturas.

Reviví con COML25, viejas épocas, en las que se requería de la constancia para enfrentar los desafíos del emprendimiento.

Berlín me instaló en la gerencia de una empresa; obvio que con la respectiva caída y el esfuerzo gigante para levantarse.

Paprika Kalo me transportó a otras épocas; épocas de trabajo comunitario. Me infundió *Amor, deporte, televisión*

Algo similar sentí con *Mi Gran Decisión*; el caminante me transmitió su amor por el deporte, por el entrenamiento deportivo.

Me encanto que *Lockhart* fuera capaz de describir su camino de *incertidumbres, aciertos y desaciertos*, un camino que sin duda le llevará a la comodidad de hacer con gusto lo que eligió como opción de vida.

No importa la ausencia del título en la brevísimas crónica de Juan Sebastián Porras; en dos hojas sintetiza efectivamente la bondad del ejercicio físico y su contribución para cambiar vidas.

Me sorprendió gratamente que Andrés Domínguez, desnudara en público, sea verdad o mentira, lo que sucede a cualquier ser humano: la desgracia. *Crónicas de mi vida estudiantil*, me deja picado, quiero saber cómo termina.

La rutina de un sueño me ha conmovido por el manejo de la cotidianidad, de la rutina, por todo aquello que es el devenir de cada día. Y me encanta la fe y entusiasmo del profesional en Mercadeo y Publicidad.

Para mí, todos son ganadores; se han arriesgado unos menos, otros más, por traducir en palabras, lo que se agolpa en el corazón y en el cerebro. Sin embargo, es indudable que la creatividad, la imaginación, los sueños, al plasmarse en el papel, requieren de una estructura, se deben usar herramientas técnicas para hacer las crónicas más sostenibles, más duraderas, más creíbles, que las hagan perdurables luego de unos días o unos meses.

Por tanto, paso a reconocer las crónicas que empatan el tercer lugar de este concurso:

El aprendiz y sus obstáculos hacia el éxito, lo considero una buena construcción literaria, básicamente por el abordaje con argumentos, con propiedad, con decisión, de lo que implica enfrentar a un adulto, el dialogo entre padre e hijo acerca de un cambio de rumbo, pase lo que pase.

Desde otra perspectiva, el escrito de *Awkward, Paso a paso*: una crónica sencilla para niños extraños y pedantes. Reconocer al otro y reconocerse uno mismo, en la vanidad, el ego, no es tarea fácil; menos aún, entender que los éxitos no llegan todos los días, mejor, sólo llegan unos cuantos días en la vida. El aporte es valioso.

En segundo lugar: ¡Cómo llegue hasta aquí!, sin seudónimo; es una crónica que grita, que levanta la voz. Un buen manejo de los tiempos en que se desarrolla, de los diálogos contundentes. Provoca al lector, provoca seguir leyendo.

Primer lugar en la categoría estudiantes: *Más allá de las experiencias de jugar con Joseph y cars*; una historia de vida hermosa, transmitida de manera sencilla, sin arrogancias. Muestra como el servicio, el deseo de ayudar, tiene resultados (simples, muy simples), a la vuelta de la esquina. Los de más impacto vendrán luego de superar los retos de la cotidianidad.

Y, por último, primer premio en la categoría docentes y administrativos: *Lo que imaginaba que iba a ser, y lo que realmente llegué a ser*.

Un manejo inteligente de los tiempos; un paso a la imaginación literaria con aquel amigo que todos requerimos y que pocos encontramos. El vuelco hacia la vocación por la docencia; esa vocación que está dentro, muy dentro de cada uno y que requiere un detonante que va más allá de un simple diploma. Su autora *Tamana*, reivindica a miles de seres anónimos que hacen del oficio de la docencia, una opción ética frente a la vida.

A todos los participantes, una sincera felicitación y un agradecimiento por confirmarme que la frase de Vargas Llosa continua vigente: *Por eso tenemos que seguir soñando, leyendo y escribiendo, la más eficaz manera que hayamos encontrado de aliviar nuestra condición perecedera, de derrotar a la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible.*

Al leer las crónicas recibidas, siento que ustedes y nosotros andamos en lo mismo, reconstruyendo nuestras vidas y utilizando la escritura como medio de sanación. No desfallezcan, no pierdan el impulso; en medio del vulgar agobio de la rutina diaria, entre tinto y tinto, entre clase y clase, pueden llegar a llenar miles de hojitas, que serán inexorablemente rasgadas, pero, al final, les producirá la embriagante sensación de ser fieles a sus principios. En eso me respalda la poeta polaca Wislawa Szymborska: “Prefiero la ridiculez de escribir versos, que la ridiculez de no hacerlo (...)”.

Por: Rafael Molina Béjar
Director Posgrados Salud
Fundación Universitaria del Área Andina

EXPLORANDO EL MUNDO DE LA CRÓNICA EN AREANDINA PUERTAS ABIERTAS A LAS HISTORIAS DE ESTUDIANTES Y DOCENTES

Un mar de uniformes blancos, azules y negros de estudiantes de Enfermería, de Terapia Respiratoria y de Optometría se observa en la carrera 14A con calle 70A de Bogotá. Los jóvenes conversan, discuten, estudian fotocopias, comen arepas o porciones de pizza. Igual hacen decenas de alumnos de sudaderas azules o verdes, de Entrenamiento Deportivo, alumnas de llamativas faldas largas de Diseño de Modas, y atildados estudiantes de Derecho o de Negocios Internacionales, algunos luciendo sacos de paño.

Están frente a un edificio de siete pisos con inmensas ventanas cubiertas por pérgolas verdes y amarillas, a una cuadra de la estación de Transmilenio de la calle 72. Son estudiantes de Areandina, la Fundación Universitaria del Área Andina. En ese tramo de la carrera 14A, en las noches se parquean más de un centenar de motos, de las cuales se bajan presurosos empleados de empresas de Bogotá, para entrar a las aulas del edificio de pérgolas.

De día se observó allí mismo, en el año 2015, al estudiante Ricardo Cordero llegar en una motoneta de tres llantas, cargando una silla de ruedas con la que recorría la universidad. Este estudioso de Animación y Posproducción Audiovisual narró en una crónica cómo desde niño tenía una desviación de la columna como la del jorobado de Notre Dame, e iba a morir porque con el aumento de la curvatura su columna vertebral se quebraría. Y cómo a los trece años y en estado consciente resistió una operación quirúrgica de un día mientras le colocaban cables en las extremidades de su columna y los tensaban para enderezarla. Y cómo pasó un año en cama, inmovilizado, mientras su columna vertebral regresaba a su posición original.

A *La canasta*, como le dicen algunos estudiantes al edificio, llega en las noches una joven de 22 años, con recatadas faldas y andar tranquilo. Se llama Laura Vanessa Calderón Jiménez. A ella le escuchamos leer en una clase estas palabras: “En mi niñez siempre fui lo que todos esperaban. Pero no era yo, no sentía que tuviera gustos propios, ni opiniones, ni tenía claros mis sueños. Pero esta no es la historia que quiero compartir: es la historia de cómo me enamoré del arte. En los primeros meses del 2014, me enamoré del rap. Comencé escuchando dos canciones de rap romántico, que decían todo lo que una mujer quiere escuchar. Yo componía canciones con un ritmo clásico, pero no tenía sentido y me faltaba mucho por aprender. Luego me di cuenta de que mi esencia era el rap, y ya no paraba de escribir. Mi familia lo llamaba *rebeldía*, y yo siempre lo llamé *poesía*”.

Por esa alegre calle estudiantil, que tiene un inmenso árbol que da sombra y tranquilidad a la entrada de Areandina, estuvo llegando Tito Perilla durante cuatro años. Tito escribió cómo en la casa donde vivía, en una zona de guerra, ante los sobrevuelos de aviones militares se protegía envolviéndose en un colchón, y soñaba que los ametrallamientos eran maíz

pira estallando. Cuando caían escombros del techo, imaginaba a un gato gigante que se afilaba las uñas en ese techo arruinado. Tito se inspiró en sus escritos para después editar un libro de literatura infantil, y hoy tiene éxito produciendo libros *pop-up* –libros animados– en tres dimensiones. Y participa con ellos en campañas nacionales por la convivencia y la paz de Colombia.

Ricardo, Laura Vanessa y Tito habían escrito sus historias como parte del I, del II y del III Concurso de Crónica organizado por el Departamento de Humanidades del Areandina.

Concurso que con el epígrafe *La crónica es un cuento, pero de verdad*, de Gabriel García Márquez, fue convocado en su primera edición el jueves primero de octubre de 2015 con el tema *Experiencias de vida* y en dos categorías: la de Estudiantes, y la de Docentes y Administrativos.

El concurso había nacido en la Librería Café Alejandría -frente a la universidad-, un acogedor lugar de tertulia de profesores, con centenares de libros en las estanterías y música de Bach y de Beethoven de fondo. Un docente, con el apellido del creador de *Don Quijote* y apasionado por las películas y la vida de Charles Chaplin, le propuso la realización del concurso a Javier Aranguren, un creativo pintor que al calor de un tinto dibujaba en un cuaderno a superhéroes y bellas y dinámicas mujeres. Los dos eran integrantes del Comité de Actividades Extracurriculares del Departamento de Humanidades.

La idea empezó pronto a andar bajo la dirección del Departamento y la generosa acogida de los docentes de Expresión y Comunicación Humana. Entre ellas la de Humberto Correa, que en el año 2014 fue ganador del Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá y quien contribuyó a redactar la convocatoria de nuestro inédito Concurso, con estas palabras de gran acogida entre los estudiantes:

“¿Qué es necesario para hacer una buena crónica y poder aspirar a la inmortalidad? Haber tenido una experiencia de vida significativa y tener la valentía de plasmarla en el papel, de someterla al escrutinio de la sociedad, a su veredicto. (...) Todos tenemos la fortuna de llevar vidas importantes, dignas de ser contempladas por nuestros semejantes”.

Y esas *vidas importantes* comenzaron a ser escritas por primera vez por los jóvenes. Ellos fueron incentivados por los docentes de Humanidades a leer crónicas como *La travesía de Wikdi*, de Alberto Salcedo Ramos, ganador del Premio de Periodismo Ortega y Gasset. Conocieron la técnica de la narración con Wikdi, un niño de doce años que en la selva del Chocó debe caminar, solo, dos horas de ida y dos de regreso para ir a estudiar y cumplir su sueño de ser profesor como su padre. Y debe hacerlo cuidándose de culebras venenosas y en ocasiones apartando cadáveres dejados en el camino por paramilitares.

La saga del asesinato de Santiago Nassar por los hermanos Vicario, en *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez, también fue leída en voz alta en clases, deleitando e instruyendo a los estudiantes con la técnica y la magia narrativa del Premio Nobel de Literatura.

El día del cierre del primer concurso, los profesores llevaron al Departamento de Humanidades, en el tercer piso de la sede B, junto a la avenida Caracas, los sobres con las crónicas escogidas como las mejores de sus cursos. Y llegaron otras traídas por estudiantes, y por docentes o administrativos. Una inmensa caja de cartón se llenó de hojas que plasaban las dificultades, las alegrías, las tristezas, las luchas y los sueños juveniles.

LA AVENTURA MARAVILLOSA DE EDUCAR

En el edificio de ladrillo rojo, de seis pisos, una cuadra al sur del frondoso árbol, se escucha a una profesora decirles a sus estudiantes con voz firme: “Sientan que el corazón se conmueve de felicidad cuando investigan; duden de todo lo que leen. Consignen en sus ensayos únicamente lo que comprendan después de haber consultado varias fuentes. Comprendan que la teoría se retroalimenta con la práctica, y [que] por eso es tan importante la experiencia, que no la dan los libros sino la aventura de enfrentarse a la vida y tomar decisiones”.

La profesora que les hablaba es María Victoria Aponte Valverde, quien ganó el I Concurso de Crónica, y ha sido dos veces distinguida por su labor como Docente Investigadora. Y en el edificio donde enseña, ya se han graduado 5.119 enfermeras en 24 años.

Para ella es una aventura maravillosa hacerles entender a los estudiantes que la ciencia, la lúdica, el humor y las vivencias de cada uno de ellos constituyen una fórmula mágica que permite el aprendizaje y propicia la autonomía como acción educativa creadora. Los exhorta a ser grandes profesionales. Los critica con afecto, los llama a descubrir lo importante de la ciencia.

Estas palabras, entresacadas de su crónica, son una invitación a leer la sabiduría humana y pedagógica de las “Reflexiones en mi primer día del curso de Fundamentos de Investigación”, de María Victoria Aponte. Calidad humana y estética que cubre todas las crónicas del libro que el lector tiene en sus manos.

LOS VERDADEROS HÉROES

En este sector educativo y cultural que está creciendo junto a la calle 70 con Caracas, hay un programa, reciente, de gran fuerza: Psicología. Allí estudia Oscar Jaír Macía, quien con su crónica “El día del adiós no hace al héroe” ganó el primer puesto en la categoría de estudiantes.

Esta historia está enmarcada por la muerte de su padre al caer de un techo donde colaboraba con un vecino. Jaír narra que a él le habían preguntado “¿Le vas a cobrar?”, y contestó: “No, las mejores recompensas están en ver una satisfacción sin pronunciarse”. Y que, lastimado en muchas ocasiones, siempre decía que lo bueno se devuelve, pero la venganza es algo en lo que no nos podemos encadenar.

Jair, en palabras de inmensos valores morales, al morir su progenitor pensó: “Tenemos la obligación vigente de rendir homenaje a tanta sabiduría, a todos aquellos ejemplos que con cada gota de amor formaron nuestro existir”. “Los verdaderos héroes no están en la guerra ni tampoco en la televisión: se encuentran sacando adelante a los hijos, dejando un sendero para que superen la fantasía”.

TODO MAESTRO TIENE ALGO DE SHAKESPEARE EN LA SANGRE

Vestidos como indígenas emberá, tres mujeres y dos jóvenes recrean los rituales de salud de esa tribu. Danzan y cantan frente a 29 aspirantes a enfermeros jefes. Están en la clase de socio -antropología con la profesora Belén Leal, dos veces elegida como la Mejor Docente de Areandina.

Belén fue la ganadora, en empate con el profesor José Luis Aponte, del II Concurso que se realizó con el tema *Crónicas de Vida* en abril de 2016. De nuevo, más de trescientos jóvenes hicieron el ejercicio de la crónica en el aula o de manera independiente.

La socióloga y docente narró su vida laboral desde la Universidad de los Andes hasta el Areandina y su cercanía con los estudios sobre la mujer, como coeditora de la cartilla *Colombia, Mujer y Trabajo*, investigadora de las trabajadoras del café, del algodón, del banano y de las flores, y redactora del libro *Desde la sombra, voces de mujeres*.

En medio de la narración de su vida, Belén escribió su credo docente, del que escogimos estas líneas: “Solo se enseña en el ejemplo, la ética, el conocimiento, y por supuesto con la convalidación mutua (...) El deber de todas las cosas es ser una felicidad (citando a Borges); si no son una felicidad, son inútiles y perjudiciales. Sí hay razón; a mi docencia la han caracterizado la felicidad y el amor por lo que hago, y muchas estudiantes les han encontrado a las clases la felicidad -eso dicen- con la que estudiamos”. Reflexiones docentes que nos llevan a las palabras de Daniel Samper Pizano: “La crónica es más propensa a las moralizaciones, cosa que no suele ocurrir en lo reportajes”¹.

“Creo que como todo maestro o maestra, tengo algo de Shakespeare en la sangre. Un toque dramático, un instinto de lo poco usual y un sueño loco, para que no olviden. Con estos rudimentos teatrales me instalo en el escenario del aula, y ¡a actuar se dijo!”. Sócrates afirmaba que la misión del maestro se compara con la de la partera, que crea condiciones para que la vida sea.

1 Daniel Samper Pizano en el prólogo del segundo tomo de la Antología de las mejores crónicas colombianas 1948- 2004, página 21 de la edición de Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara. Bogotá, 2014.

ENSEÑAR CON AMOR

Similar colorido que una clase de socio-antropología se percibe al encontrarse en los pasillos de la universidad con el profesor José Luis Aponte, de los programas de Contaduría y Administración de Empresas. Él es un actor innato, un ameno e incansable conversador, maratonista a sus más de cincuenta años, y que muy bien podría actuar en *Stand Up Comedy*.

José Luis narró en su crónica *Colcha de retazos* su batallar desde niño, superando dificultades durante cincuenta años, trabajando en veintidós empresas, dieciocho de ellas instituciones de educación superior.

El autor, de arraigada moral, reconoce que los triunfos de su vida se los debe a Dios y a su madre. Lo cual reafirma su primera norma para enseñar: “Enseñar con amor es tan efectivo que hasta la Biblia se resume en ‘Dios es amor’”. A su vez es pragmático en los métodos de enseñar, y avala el Hágalo como quiera, pero hágalo bien.

Esta crónica es representativa de los millones de colombianos que han batallado con disciplina, valor y tesón para sacar su vida adelante, y que lo han logrado.

EPICUREÍSMO

La crónica *El camino del placer*, con la cual la estudiante Hanna Carolina Niño ganó el II Concurso de Crónica, es un canto al epicureísmo. En un radical contraste con el estoicismo expresado en otras crónicas, recorre la Bogotá de la rumba dura, homosexual, heterosexual, con sexo y drogas sin freno.

Su historia es un viaje por su interior, por sus sentimientos, con nostalgia de esos placeres que añora: “Hoy tenemos una

vida plena, y de acuerdo con la sociedad sería la vida para salir adelante, pero en el fondo de mí ser desearía vivir de nuevo aquella noche, repetirla algunas veces al año, y dejarme llevar por todo aquello que deseo”.

Hanna Carolina concluye su crónica sustentando con firmeza sus ideas: “Cuando se nace para el libertinaje es inútil soñar con imponerse frenos, de inmediato el ardor del deseo los quema. Entonces ¿por qué el ser humano se niega tantas veces lo que desea, las experiencias sexuales, una caricia, un buen café, un cigarrillo? Al final moriremos de cualquier cosa, ¿por qué nos auto flagelamos al desear al otro, al no entregarnos a complacer los sentidos, al alucinar, al experimentar cosas tan extrañas como en nuestros sueños, si en cada beso te deshaces, si cada risa prohibida te cambia el día, si con cada placer que te da la más pequeña experiencia vuelves a vivir? A lo largo de nuestra vida todo será un nuevo comienzo y un nuevo final, pero se es joven solo una vez, por eso vale la pena arriesgarse, equivocarse, cambiar, intentar, reinventarse y mandarlo todo a la mierda, (y) como dirían por ahí, ‘Lo bailado nadie nos lo quita’”.

HEMINGWAY: ESCRIBE FRASES CORTAS

En el 2016 los docentes de Expresión y Comunicación desarrollaron técnicas didácticas para promover y capacitar la participación en el concurso. Los estudiantes conocieron la sentencia de Hemingway: “Escribe frases cortas. Usa párrafos breves. Use lenguaje vigoroso, pero no se olvide de luchar por un estilo terso. Sea positivo, no negativo”².

Y estudiaron otros textos: *La antología de las mejores crónicas colombianas* de Daniel Samper Pizano; *Desterrados*, de

2 Samper Pizano, Daniel. *Ibíd.*, página 31.

Alfredo Molano, o la estremecedora crónica de Gabriel García Márquez de 1983 -a un año de la Guerra de las Malvinas entre Argentina e Inglaterra-. Semestre a semestre los docentes enriquecieron las didácticas para capacitar a los estudiantes en la redacción de sus crónicas.

LOS ESTRAGOS DE LA GUERRA

La calle 70 con Caracas de Bogotá no ha sentido los horrores de la guerra fratricida que ha vivido Colombia. Pero la comunidad educativa de Areandina, que proviene de todos los rincones del país, sí ha sido impactada por el conflicto. Lo cual se refleja en las crónicas participantes en este Concurso.

La crónica ¡Mucho polvorín! de la docente Andrea Constanza Tijaro Díaz, profesora de Humanidades, ganadora en el 2017 del III Concurso de Crónica Areandina: *Entre la historia personal y la vivencia social*, relata un viaje a los estragos de la guerra entre paramilitares, guerrillas y ejército, que ha asolado a las regiones más remotas y pobres de Colombia, y es también una oda a la solidaridad humana.

Andrea narra su viaje con una misión católica de El Minuto de Dios al profundo sur del país. De allí resalta una vereda donde los campesinos, cuando les tocaban en la puerta de su casa, se escondían en los armarios o debajo de las camas, temiendo a los paramilitares. Quienes en una hermosa casa a la entrada de la población retenían, interrogaban, torturaban y asesinaban a su antojo y colgaban cadáveres en los árboles. Escenas que recuerdan el final de la película *Apocalypse now* cuando el coronel Kurz exclama de la guerra de Vietnam: ¡El Horror! ¡El Horror! ¡El Horror!

También presenciamos en la crónica de la profesora Tijaro cómo el sacerdote Alcides Jiménez Chicangana fue asesi-

nado en el púlpito debido a sus sermones en contra de los cultivos ilícitos y sus esfuerzos por suplirlos por cultivos de frutas y verduras.

Y vemos a la joven autora visitar a una señora físicamente en huesos e inmóvil en una incómoda cama de madera, y tomarle la mano y rezar un rosario y una oración por ella y su descanso. O hablar con una joven de trece años, que parecía de diecinueve, confundida en una contradicción religiosa con sus padres, y contarle de su primera experiencia sexual como un mensaje de cómo conservarse a sí misma y darse a respetar.

La crónica de la profesora Tijaro es un canto a la hermandad entre los humanos. Igual mensaje se recibe de la crónica *Ejército de ángeles* de la estudiante ganadora en ese año, Leydi Katherine Rodríguez Sierra.

EJÉRCITO DE ÁNGELES

Esta estudiante nos abre una ventana a la vida de las enfermeras colombianas, describiendo su amistad con Gloria, una paciente terminal.

Nos cuenta que con su paciente Gloria, por momentos olvidaban el diagnóstico y conversaban como dos amigas que hacía mucho tiempo no se encontraban. Que le recitaba su oración favorita: la Sangre de Cristo. Y que luego de más de un año, en otra clínica, sobre las diez de la noche llegó una paciente y las lágrimas salieron de sus ojos sin poder evitarlo: era Gloria, que ya no tenía cabello por efecto de la quimioterapia, con una delgadez casi extrema, pero con su sonrisa intacta.

Nos señala que Gloria decía que Dios tenía un ejército de ángeles y que la había reclutado. Y que con bellas metáfo-

ras hablaba de los escuadrones de Dios, confirmando que ya aceptaba su destino.

Y concluye con unas palabras como para escribir en un mármol eterno: “Gracias a ella y a lo que vivimos, amo mi servicio y disfruto ayudar y complacer a mis pacientes. (...) “Muchas personas ajenas al ámbito de la salud dicen no entender por qué nos puede gustar esta profesión si no tiene vida social, sin saber que la vida social de nosotros está aquí en nuestros lugares de trabajo: experiencias como estas definitivamente son la mejor descripción de la frase ¡Amo lo que hago!”.

Palabras similares escuchamos los docentes de infinidad de estudiantes del Areandina en las carreras de la Facultad de la Salud.

ROMPIENDO PARADIGMAS

Con frecuencia se escucha en la cafetería de la sede principal de Areandina en la carrera 14a, a estudiantes que han tenido procesos complejos para encaminarse a su verdadera vocación de estudio. Las dos crónicas ganadoras en el 2018 muestran dos aspectos de este camino.

La comunicadora social Martha Lucía Peñalosa Barriga, con la crónica *Lo que imaginaba que iba a ser y lo que realmente fui*, resultó la ganadora del IV Concurso de Crónica *El camino a mi carrera profesional: mi vivencia cultural y social*, de 2018, en la categoría de Docentes y Administrativos. Ella describe su lucha personal por encontrar su real vocación profesional, desde su niñez hasta después de haber comenzado a estudiar arquitectura, la profesión de su padre.

“Fijo mis ojos en el tablero, veo números y más números y no entiendo su composición ni cuál es el sentido de que se encuentren allí escritos (...) Entonces busco a través de la

ventana y mis ojos observan la danza de los árboles al son del viento, la única forma para escapar del aula, del miedo que genera la profesora”. Después, “los libros me ayudaron a encontrar mi clase favorita, [la de] español. En ese espacio sí que le entendía a la profesora todo lo que hablaba, ella y yo hablábamos el mismo idioma, entendíamos el lenguaje de los libros y allí me movía como pez en el agua”.

Rememora su felicidad viendo a su padre trazar líneas y crear casas, edificios, y cómo con el corazón lleno de esperanza y el cerebro lleno de ideas, dije “voy a ser arquitecta como mi papá”. Y cuenta el proceso de desencanto con esta carrera, de la cual alcanzó a estudiar cuatro semestres, su decisión de abandonar la arquitectura y su llegada a la Comunicación Social, su profesión mas no su misión porque “a pesar de mí misma, mi misión era la enseñanza”. Rompiendo paradigmas, hoy Martha Lucía Peñalosa, con 20 años de experiencia educativa, es directora de la Licenciatura en Pedagogía Infantil en Areandina.

SOSTENIÉNDOSE CONTRA LA CORRIENTE

La crónica *Más allá de la experiencia de jugar con Joseph y Cars*, de Ángela Marcela Mejía Urueña, ganadora en la categoría de Estudiante en el IV Concurso, es una sorprendente lección de inteligencia pedagógica y de fortaleza en sostener una posición en contra de la corriente. Enseñando en un jardín infantil, Ángela Marcela tuvo lo que llama *una aventura* para solucionar como docente los problemas de socialización de un niño de cuatro años: Joseph. “Aún siento cómo esos enormes ojos negros me observaban, y cada vez que intentaba acercarme, me sentía como un monstruo frente a un niño

de cuatro años, ya que para él los cambios eran terribles, comenzar de nuevo era una catástrofe, pues sus horribles recuerdos de experiencias en otro jardín no se lo permitían”.

Ella narra cómo el comportamiento solitario de Joseph, jugando con su pequeño carro rojo –al que llamaba *Cars*– debajo de una mesa, era considerado no preocupante para los padres, que lo tenían como hijo único. E igual pensaban las directivas y el psicólogo del jardín. Ángela María no se amilanó, y “cada noche al llegar a la casa investigaba y leía artículos, libros, ensayos, todo lo que me pudiera ayudar a obtener herramientas que pudiera usar a través de juegos, canciones, rondas y actividades manuales para motivarlo y llamarle la atención”.

Y así diseñó una estrategia: “Al plantear nuevas actividades, siempre tenía en cuenta a nuestro amigo *Cars*. Inicié el proceso estableciendo ciertas rutinas que le permitieran a Joseph relacionar las experiencias y actividades cotidianas en el jardín con los juegos realizados con *Cars*, y así conservar su atención y a la vez y poco a poco integrarlo con los demás niños”. Organizó actividades en las que todos los niños traían carros al jardín, y en el piso estableció rutas de juego en las que se fueron integrando con Joseph y *Cars*”.

“La alegría más grande llegó cuando me di cuenta [de] que poco a poco lograba tener avances con Joseph por mi propia iniciativa y conocimiento, sin el apoyo de un experto”.

Ángela Marcela, estudiante de Psicología, considera que el proceso de enseñanza-aprendizaje “debe ser abordado desde el respeto, el cariño, la paciencia, la comprensión, la solidaridad y la imaginación”. Y continúa con el sueño de “seguir elaborando estrategias que me permitan propiciar en los niños el interés por aprender”.

UNA EMOCIONANTE EXPERIENCIA DIDÁCTICA

Sentados en la banca de enfrente de la universidad, bajo el árbol Areandino, y rememorando cómo se ha desarrollado el Concurso, no nos abandona una idea: este certamen se ha realizado con pasión, cualidad sin la cual no se puede hacer nada de importancia en la vida, como creía Goethe.

Muchos estudiantes han pedido con vehemencia a los docentes que les comuniquen las condiciones para participar en el Concurso. Luego de leer *Crónica de una muerte anunciada*, un estudiante, exultante de alegría, le decía al docente: “¡Es el primer libro que leo en la vida!”. Jóvenes que según la expresión popular no daban pie con bola en la redacción, con insistencia le solicitaban al docente su asesoría para escribir sobre la vida de ellos. Algunos alumnos lloraban al leer sus propias crónicas, que tocaban momentos especiales de su vida. Otros dejaban notar la ansiedad de leer su composición al iniciar la clase. No pocos consideraban que su crónica era el mejor trabajo que habían realizado en el semestre. Muchos, entre ellos los estudiantes ganadores, sacaron a flote lo mejor de sí, lo analizaron y lo expusieron con seguridad y convicción.

A los docentes que han garantizado el éxito del concurso en sus cuatro ediciones, leer las complejidades del alma de los alumnos los ha llevado a mirarlos con mucho mayor respeto. Leyendo las crónicas, los docentes se han estremecido y han llorado, y así ha crecido la empatía entre ellos y los estudiantes.

En su mayoría, los docentes han vivido el Concurso como una experiencia muy positiva, bien sea como lectores o como participantes. Variedad de experiencias e ideas pedagógicas han sido plasmadas por los profesores en sus crónicas, y están conscientes de que ha sido el Concurso el factor que los ha llevado a expresarse sobre esos ejercicios educativos.

Los profesores han observado que a los estudiantes el hecho de escribir de temas muy personales, les ha servido de catarsis y les ha permitido organizar sus ideas. Explorando su vida, los jóvenes han podido explicar a fondo las razones de los acontecimientos que los llevaron a ser lo que son hoy en día.

En conclusión, este Concurso es una herramienta muy útil para incitar a escribir y desarrollar la capacidad de redactar de los estudiantes, la cual resulta no solo útil sino en realidad indispensable en toda actividad humana. Y es además, una de las herramientas pedagógicas más importantes que tiene el Departamento de Humanidades.

A MANERA DE POSDATA

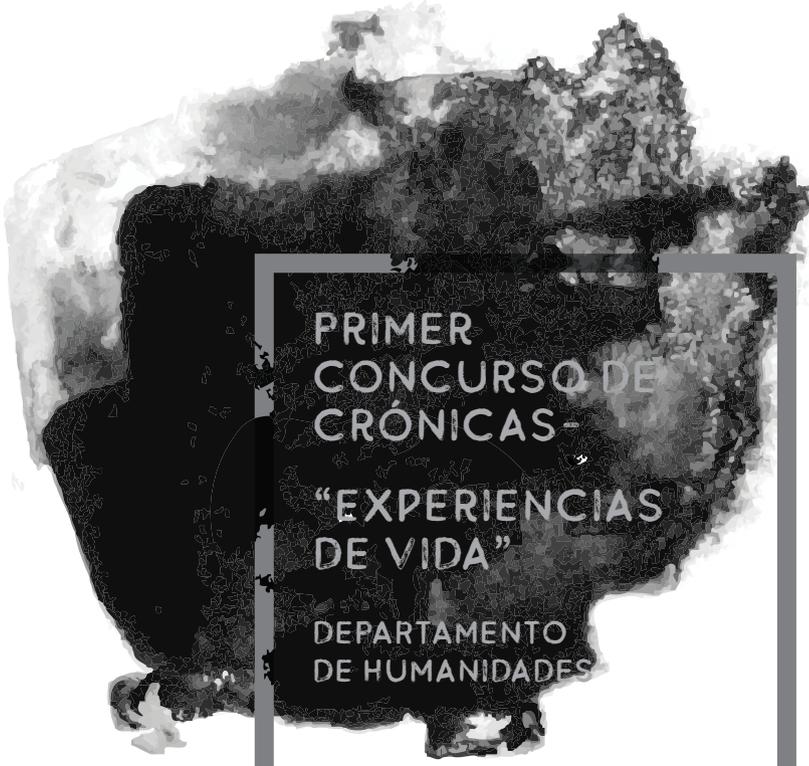
Reflexionando sobre las crónicas ganadoras y finalistas, recordamos la obra de Honorato de Balzac, *La comedia humana*, en la que está descrita la Francia de principios del siglo XIX.

Para quienes quieran conocer a la juventud colombiana de hoy, las crónicas de este Concurso se constituyen en un material de enorme valor. Sin pretender que estos jóvenes escriban ya con la destreza, la complejidad o la ironía de un gran autor, por lo menos sí es valioso que en cada una de sus páginas van dejando la traza de su vida, sus pensamientos y su testimonio del país en el que viven.

Este Concurso se ha realizado en medio de la violencia nacional, y revela que los concursantes no han estado ajenos al conflicto. Y lo han descrito en crónicas como *La toma guerrillera de Oporapa*, Huila; o *Mucho polvorín*, sobre el terror paramilitar en el sur del país; o en sagas como la del estudiante que de niño presencié cómo en su casa un paramilitar abaleaba a su hermano, y luego, atónito, observó el cuerpo en una mesa, con el estómago abierto. Huellas imborrables ha dejado la violencia en la juventud.

Las crónicas participantes, o las escritas en clases, tocan, además de la violencia, múltiples aspectos de la vida juvenil y del país. El listado es largo y complejo. Las crónicas están allí, esperando a los investigadores: sociólogos, antropólogos, psicólogos, historiadores, educadores o novelistas que quieran indagar y escribir sobre la juventud colombiana de principios del siglo XXI. Bienvenidos a esta indagación. Recordemos de nuevo a Goethe: Dorado es el árbol de la vida, y gris es toda teoría.

Hernando Ignacio Cervantes Gómez
Profesor del Departamento de Humanidades
Fundación Universitaria del Área Andina

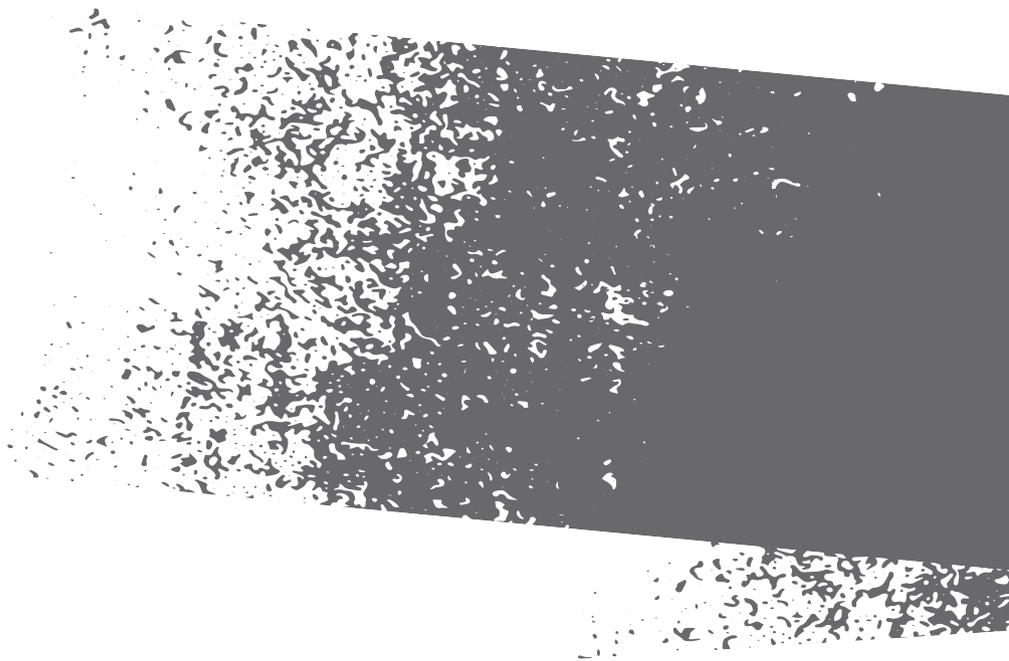
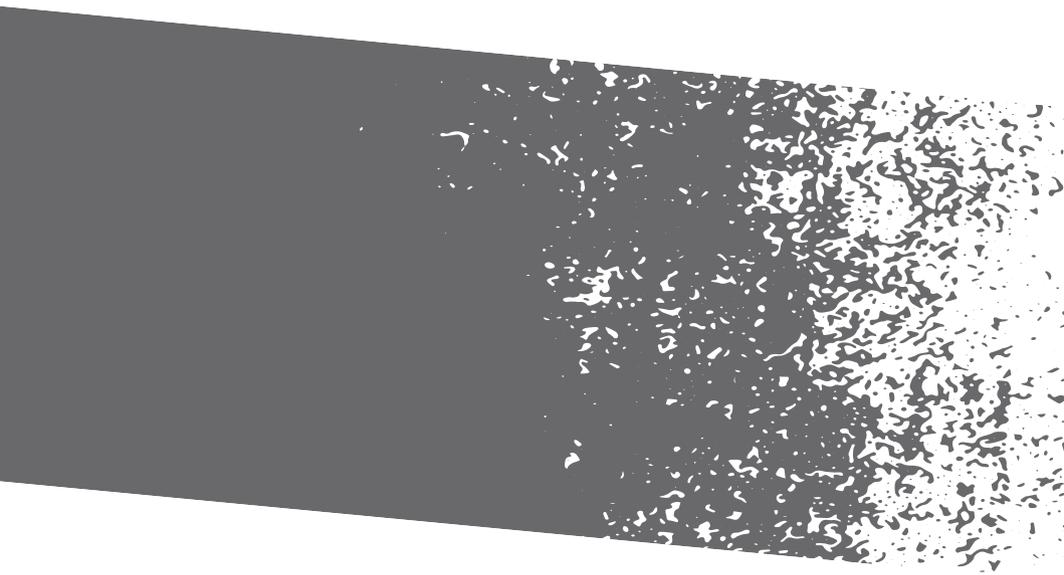


PRIMER
CONCURSO DE
CRÓNICAS-

“EXPERIENCIAS
DE VIDA”

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES





REFLEXIONES EN MI PRIMER DÍA DEL CURSO DE FUNDAMENTOS DE INVESTIGACIÓN

POR: MARÍA VICTORIA APONTE VALVERDE.
GANADORA, CATEGORÍA DE DOCENTES, AÑO 2015.

Esta docente ha experimentado en carne propia y en la carne de sus estudiantes (en sentido figurado, por supuesto) la premisa que anima a eventos como este concurso: que el mejor lugar para empezar el camino del conocimiento es al interior de uno mismo, en medio de los vericuetos de la memoria personal y en la reflexión sobre los propios valores y actitudes. Este relato demuestra con juiciosa elocuencia que las historias de vida, lejos de reforzar la separación de los individuos a la que nos condena la historia de Occidente, lo que hacen es permitir que nos identifiquemos todos como parte de la familia humana, por encima de las distancias culturales y generacionales.

Comúnmente inicio mi curso de Fundamentos de Investigación, con la aplicación de una dinámica de conocimiento, llamada ¿quién soy?, la cual permite al estudiante universitario reconocerse a sí mismo. Es una actividad de nivel socio-afectivo, que siempre me conmueve porque muestra a los estudiantes una faceta de su personalidad de la que muy pocas veces les gusta hablar, sus limitaciones.

Debo iniciar por decirles que no es una tarea fácil comenzar el primer día del curso de Fundamentos de Investigación, lleva horas planificar una clase ejemplar que trascienda en la mente de mis educandos, que deje huella, así como esa magia que ellos experimentan cuando están enamorados. Surgen entonces esas preguntas que pasan por mi mente para conocerlo todo de ese grupo de jóvenes ávidos de experiencias, por eso inicio mis clases con la dinámica identificada con los siguientes interrogantes: ¿Quién soy? ¿A dónde voy? Una y otra vez, esos interrogantes me inquietan y considero que es una dinámica de cuestionamiento profundo, que les permite autoevaluarse.

Utilizar los testimonios, las experiencias de vida, sus sueños y ambiciones como insumos que capitalicen el manejo del conocimiento en investigación, facilita en los estudiantes la posibilidad de que ellos decidan descubrirse y mostrarse, para que intenten aceptarse como realmente son.

Así pues, para el curso que se iniciaba, decidí acudir al uso de un ejercicio donde podían comunicarse con el uso del lenguaje corporal, experimentarse como personas que, aunque no se conocían, se acercaban desde otra dimensión. A partir de esa experiencia pensé seguir aplicando esa segunda dinámica, para que todos recuerden lo emocionante que es conocerse sin palabras.



Ese nuevo comienzo del curso, me sorprendió cuestionándome una vez más. Ingresé al aula, y entonces los descubrí, sentados en la tercera fila, mirándose fijamente, qué hermosos se veían, un par de enamorados tiernos y sensibles, que se invitaban con la mirada a recorrer juntos caminos de pasión, pero también vi a la niña caprichosa que solo le interesaba jugar con su celular, y más allá, las gemelas dulces e inocentes que me abordaban con mil preguntas incoherentes, y el joven ansioso que miraba el reloj incesantemente con ganas de salir del aula de clases. También, en la primera fila estaba ese grupito que todo lo sabía y seguían de cerca mis orientaciones. Todos ellos, se constituían en un nuevo reto, un nuevo amanecer en mi carrera docente.

Me preguntaba, ¿Cómo sería esta clase? ¿Cómo sería este grupo? ¿Cuánto tiempo más les durará el amor a los que se miraban? ¿Y el interés a los que preguntaban? ¿O la dedicación a los que me seguían? Era un hermoso escenario de aprendizaje en el que me encontraba, yo los criticaba algunas veces, otras, intentaba entenderlos, tal vez hasta los miraba con nostalgia o curiosidad y todo esto me generaba mil expectativas. Unos eran arriesgados, otros aventureros, apasionados o serenos, algunos distantes y otros sonrientes, pero todos manifestaban las emociones y sensaciones relacionadas con el saber.

Creía que esas apreciaciones me permitirían caracterizar mi grupo de trabajo, la heterogeneidad no lograba perturbarme del todo, porque ese enamoramiento en el aula, las preguntas incoherentes y la ansiedad de algunos estudiantes, no rivalizaban con el ambiente en el que las ideas, la lógica y la razón rondan permanentemente.



Empecé a reflexionar, tratando de ser más objetiva, pensando desde el lugar de la maestra, preguntándome por la manera en que podía despertar en ellos la pasión de aprender a investigar, ¿cómo podría generar en su mente la asociación de las delicias de lo prohibido con el deseo por la investigación? ¿De qué manera debo aprender a conocerlos? ¿Será que me retroalimentaré de sus experiencias? ¿Funcionará si soy más teórica? ¿Debo aprender del lenguaje corporal que ellos portan para entenderse? ¿Será más práctico utilizar el arte de hablar con sutileza para que mis estudiantes cuenten sus vivencias y adecuarlas a mi clase?

Con asombro corroboré que los entendía y que ellos podían ser un ejemplo para aprender a planificar mi clase, ellos me enseñarían lo que debo hacer para entenderlos y poder compartir desde la pedagogía, sus experiencias como el insumo que retroalimentara mis clases.

Aunque leía teoría de la sexualidad, sobre las relaciones de pareja y del mundo apasionante del joven, no contaba con los elementos suficientes para retroalimentar a mis estudiantes en sus experiencias, solo podía, hablarles sobre las emociones y la grandeza de ese sentimiento que era el amor. Además, aplicaba lo funcional de la lúdica y el sentido del humor para flexibilizar el desarrollo de mis clases; todo esto decidí, utilizarlo como el gancho que los cautivara para iniciar el curso de Fundamentos de Investigación. Entonces, inicié mi clase de otra manera y todo cambió, aprendí a entender decisiones del alma e intenté transmitirles a ellos mi simpatía por temas como la alegría, la lúdica, el juego, el humor y la pasión por el estudio. Decidí que estas acciones se convertirían en la estrategia metodológica que más adeptos atrajera a mi clase, entender que la relación con mis estudiantes, debía ser de intercambio, cara a cara.

Otra estrategia valiosa para mencionar son los testimonios y las historias de vida, que conjuntamente con la teoría,

permitieron la apertura de la asignatura y la comprensión de la misma, que hablaba de ahondar en los problemas sociales, la inclusión social, las acciones comunitarias, la diversidad cultural, las competencias ciudadanas, en fin, las relaciones entre los seres que hacen parte de la sociedad, para hacerlos comprender que deben evitar desbordar sus emociones y manejar sus pasiones para que sus acciones le den paso a la lógica, convirtiéndose en profesionales con espíritu crítico que hacen aportes valiosos para el progreso de la humanidad.

Consideraba que debía exhortarlos a ser grandes profesionales, criticarlos con afecto. Ellos, iban por ese mundo sin investigar el contexto en el que se desenvuelven, pero debía ayudarlos a descubrirlo, enseñándoles a hacer interrogantes, indicándoles cómo articular lo científico con lo real, advirtiéndoles que deben experimentar el goce de descubrir lo importante de la ciencia, para que sientan que el corazón se conmueve de felicidad cuando investigan, que se apasionen por la ciencia, como cuando los novios se esconden para robarse un beso, o para experimentar las delicias del sexo, y cuando cada uno de los estudiantes se reúnen para conversar animadamente en cada esquina de la universidad, así como yo siempre anhelaba que esperaran mi clase.

Y es que comprendí que debía incorporar a mi experiencia laboral el gusto que por la vida y el amor tienen los jóvenes, porque ellos saben darle valor a las cosas simples y obvias de la vida, sin rodeos ni misterios como hacemos los adultos, ellos van directo al grano.

Por eso es gratificante recordar lo que viví con mis estudiantes el año pasado, lo experimenté con tanta vehemencia cuando vi reflejado en sus trabajos de investigación resultados confiables, cuando logran consolidarse como semilleros de investigación, cuando se comparan con sus pares que desde otras universidades se muestran en encuentros cien-

tíficos y culturales. Después de todo esto, empecé a percibir de manera diferente a través de las vivencias de mis estudiantes, la dimensión de mis aportes en clase, lo que me permitió mirar desde otra perspectiva la clase de Fundamentos de Investigación.

Es así como esa experiencia con mis educandos, relata acontecimientos invariables, semestre tras semestre, relacionándolo con la aventura maravillosa que significó hacerles entender que la ciencia, la lúdica, el humor y las vivencias de cada uno de ellos, constituyen una fórmula mágica que permite el aprendizaje y propicia la autonomía como acción educativa creadora.

Empecé por comprender otros errores en mi vida profesional, el reclamo de mis estudiantes que al final del curso afirman que han aprendido muchas verdades, pero poco funcionales. Y, paradójicamente, también pude entender a los que al final dicen que el curso les pareció muy productivo, aunque en clase parecían ausentes, o los que a pesar de que cuestionan todo permanentemente, sienten que aprenden.

También aprendí que mientras más me cuido de los errores, es mayor la probabilidad que tengo de equivocarme, así mismo entendí que los consejos no deben masificarse, porque cada uno de mis estudiantes actúa de manera diferente, y finalmente para los *sabelotodo*, recordarles que la teoría se retroalimenta con la práctica, por eso es tan importante la experiencia, que no la dan los libros, sino la aventura de enfrentarse a la vida y tomar decisiones.

Al mismo tiempo entendí por qué parezco simplista cuando interactúo con mis estudiantes. En el fondo, ellos tienen una expectativa realista frente a sus profesores

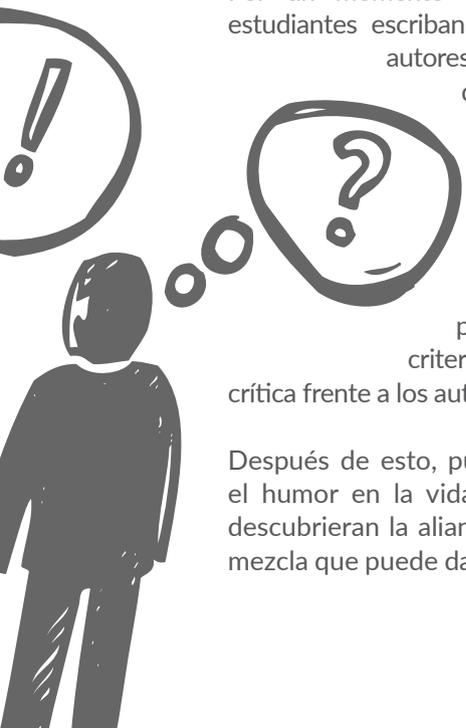


de investigación, consideran que, si es complejo, es porque debo investigar, y solo si tiene aplicación, vale la pena intentarlo. En ocasiones, algunos se quejan de que los aspectos teóricos epistemológicos que comparto con ellos resultan invariablemente ciertos, sin embargo, son aspectos densos y complejos, pero cuando deben aplicarlo a los trabajos de grado se dan cuenta que pueden articularlos con sencillez, encontrando un nexo con la realidad.

Por todo lo anterior, si asociara el despertar del amor con la pasión por la lectura, diría que es una aventura emocionante leer y escribir, porque son dos acciones intelectuales que permiten entender al mundo, y apropiarse de la realidad, así como el amor descubre las potencialidades, emociones y sensaciones más gratas del individuo. Esas sensaciones me recordaron la lucha por inculcar en mis educandos el amor por escribir ensayos.

Por un momento recordé mi insistencia, para que los estudiantes escriban entre comillas las frases textuales de autores. Les pido, además, que duden de todo lo que leen. Insisto en que consignen en sus ensayos solamente lo que comprenden después de haber consultado varias fuentes. Sin duda alguna, les explico que robar ideas de autores es plagio, pero pueden interpretar a un autor y reflexionar sobre lo que él dice, presentando una síntesis de ideas con criterios propios, que les permita fijar posición crítica frente a los autores que han revisado.

Después de esto, pude resignificar el papel de la lúdica y el humor en la vida educativa, porque intenté que ellos descubrieran la alianza total de la teoría con la práctica, la mezcla que puede darse entre la ciencia y el saber, el puente



que existe entre la fantasía y la realidad, la asociación del pensamiento reflexivo y crítico con la experiencia sutil y encantadora que representa la vida a un joven, pero lo más esencial en el proceso de aprendizaje, es la aplicación de la paciencia como la herramienta más poderosa para culminar un nuevo curso, porque con éste vuelven mis angustias por las preguntas de los estudiantes, cuando no comprenden un texto o cuando deben enfrentarse a la tarea de escribir. Además, entendí que es conveniente frente al deseo de los estudiantes de hacer siempre los trabajos en grupo, generar conciencia de las ventajas que tiene el trabajo en equipo, como una actividad esencial para el desarrollo profesional.

Otra estrategia que es funcional para recordar las tareas que debo orientarles, es insistirles a mis estudiantes en que todo me lo soliciten por correo, para no olvidar los compromisos que con ellos he adquirido. Así mismo, hay otras emociones que vale la pena destacar, me inquieta la insistencia de mis estudiantes, cuando desean conocer sus notas, pero lo que más satisfacción me da, es la alegría que demuestran cuando les va bien. Finalmente, considero que, por ser obvio, la conducta de entrada, es una apertura al encuentro consigo mismo, no solo desde lo académico sino desde lo personal, por esa razón comprendí que al final del curso, entre mis talleres y dinámicas, las que más gustan son la que responden al interrogante: ¿Quién soy? Y al descubrimiento del otro a través de las manos, las mismas que apliqué el primer día del curso de Fundamentos de Investigación y que le permitió a un grupo significativo de estudiantes, hacer un recorrido desde su mundo interior, para encontrarse con el sendero de la ciencia y el saber.





TRAVESÍAS LABORALES Y DOCENTES

POR: BELÉN LEAL HURTADO. GANADORA,
CATEGORÍA DE DOCENTES, AÑO 2016 (EMPATE).

Esta obra, de mano de una de las docentes de más permanencia y visibilidad en la institución, no solo es una crónica pura en el sentido estilístico por su respeto a la unidad de tiempo que se detiene en los detalles de distintos momentos y lugares, y por lo tanto ejemplar para el género, sino que además ilustra de primera mano el recorrido por uno de los pasos más turbulentos en la historia académica contemporánea: el paso del mundo del entrenamiento para el trabajo que caracterizó a la formación de la mayor parte del siglo XX al mundo incierto pero pleno de posibilidades que se abre a los profesionales de hoy, no tan definidos por el título que obtienen como por el cúmulo de experiencias vitales que el azar y la curiosidad arrojan a su paso. La docente se constituye a sí misma como ejemplo del profesional que desea formar la Fundación Universitaria del Área Andina: un individuo pleno, que se determina a sí mismo, que enfrenta los desafíos del futuro con imaginación y buen humor.

IRES Y VENIRES

2016, martes 22 de abril, día lluvioso de Semana Santa, me encuentro en un breve descanso de la rutina académica iniciada a finales de enero y recuperando en la mente las experiencias de vida, de la cotidianidad, los años –algunos- de vida laboral y de la propia labor docente. Los rituales en cada momento, las alegrías y las mariposas que anidaron en el estómago y por qué no decirlo, las que aún anidan cuando de iniciar cada período académico se trata, o sea, esos ángeles y demonios que a veces se entrecruzan en el sendero. Cuando de ángeles hablo, los entiendo como esos momentos plenos, el viento soplando sobre mi cuerpo y ese soltar ideas en la mente, proyectos, pensamientos, recursos, praxis, pero cuando a demonios me refiero, válgame Dios: un manto ensombrecido que me cubre, me interrumpe y segmenta la comunicación con los instantes, días y ¿por qué no también de experiencias encantadoras?

¡PERO, ¿A QUÉ VIENE TODO ESTO?

Pues ni más ni menos, a que me dio por participar en el concurso de crónica convocado en el Departamento de Humanidades, donde por años he vivido esos ires y venires que al igual que en otras instituciones, han formado parte de mi sello, de mis logros, anhelos y sueños. Como lo dice el viejo dicho *recordar es vivir* y sí que es cierto, es un transportarse en el tiempo con todas las alegrías, risas, estudio, bailes, amores, logros, viajes, familia, amigos, pero también con los fantasmas: desilusiones, tristezas, caos, y ese mundo que acompaña cada época de la vida. En síntesis, un sinfín de circunstancias, ambientes y realidades que anidan en la mente y el corazón y así es que voy dándole forma a esta crónica, como un rito de paso que, aunque puede estar lleno de tropezones, también ha dejado hondas gratificaciones.

EL INICIO: 1988

Momento culmen donde se me presenta la primera oportunidad de trabajar como docente universitaria en la jornada nocturna. Se hace posible este sueño y voy a ser sincera, fue por mi amistad con un profesor que me había dado Economía en la carrera, y me sugirió que lo acompañara a trabajar allí como docente. Esta propuesta me suscitó toda clase de emociones encontradas. De una parte, porque lo anhelaba, desde mi experiencia comunitaria en algunos barrios con niños en colegios de una forma libre, pero por demás comprometida con un grupo de estudio de la universidad y esperaba que ojalá este momento se diera algún día. De otra parte, en el día trabajaba como editora de textos en otra universidad para un Magíster en Dirección Universitaria, no tenía experiencia de realizar así dos fases de vida laboral y claro, menos aún, a nivel universitario como maestra, lo que me producía incertidumbre.

¿QUÉ SIGNIFICA SER EDITORA?

Un nombre llamativo tal vez, que obedecía a un quehacer de digitación, lectura en voz alta y corrección de textos, para organizar los módulos que de las diferentes asignaturas se les entregaban a los estudiantes del magíster. Igualmente, organizar en el programa informático *page maker*, los textos para enviarlos a la tipografía institucional y editarlos como libros. Fue este un oficio que me permitió enriquecer mi mundo, lo agradecí muchísimo, pero a la vez, me seguía acrecentando el sueño de la docencia universitaria y mi praxis disciplinar, que, por aquellas circunstancias de la división social y clasista del trabajo, no me permitía hacerlo en aquella institución.

Aclarado lo anterior, regreso a mi primera oportunidad de docencia universitaria. Fue un reto muy grande, asumir este

cargo, pues un aspecto era la amistad con el profesor y otra el conocimiento que tenía de su exigencia y rigurosidad. Él era profesor de la Universidad Nacional y acababa de llegar de Francia, de la primera parte del doctorado. Me conocía como estudiante, pero además le parecía interesante como solía afirmármelo que por mi tesón hubiera logrado trabajar en la edición de textos en aquella universidad.

Bueno, resolví dar el paso y aceptar. Una vez agotado el proceso de la documentación firmas y demás formalidades, se llegó el día, iniciaba el primer período académico, en febrero, estudiantes de Economía en Comercio Exterior, jornada nocturna. Aún recuerdo el ingreso al salón de clases, mi apariencia de tranquilidad, pero con el corazón palpitando a fuerte ritmo. Invito a los estudiantes a organizarse en mesa redonda para presentarnos y que ellos plantearan sus expectativas. Momento seguido, inicio de la clase, explicación temática, aspectos metodológicos, algunas preguntas, tiza y tablero para enfatizar en la dinámica semestral y un deseo inmenso de que el reloj marcara la hora de terminar –aclaro no por ligereza, ni falta de tema-, por aquello de los nervios iniciales, a la final era mi primera puesta en escena.

Sigue a este inicio un semestre de encuentros y diría que también de desencuentros, pues como suele pasar siempre no deja de estar el estudiante o la estudiante muy interesado, quien ignora y ni le va ni le viene la clase y no puede faltar también el *corchador* que saca sus dotes, se levanta, me mira y me lanza una pregunta sobre El Zaratustra, de Nietzsche y su filosofía luego de una larguita exposición de motivos. Me sorprende algo fuera de base, pues no soy filósofa, seguramente debía saber algo, claro que sí, vi filosofía en la carrera, me ubico, enfrento la pregunta y... trato de dar mi mejor explicación; ¡oh! aleluya, salgo avante, puede que hubiese sido por mi conocimiento o la ignorancia de los dos, pero trascendió positivamente. Una clase memorable con un inicio glorioso, claro con algo de modestia.

En realidad, debo decir que fue un semestre experimental con muchas fortalezas, pero también con debilidades y mucha pedagogía, y didáctica por corregir. Sin embargo, logro terminar el semestre con dignidad, con la sensación de la labor cumplida, el reconocimiento de los estudiantes e institucional, acompañado de contratación para el posterior semestre.

Continúo allí y en la otra institución como editora, se acerca el año 1991 y el fin de la última renovación del contrato y decido salir de las dos instituciones.

Aunque soy de la generación de los empleos estables, arriesgaba haciendo ciertas locuras y por recomendación de una estudiante del Magíster quien era decana, de una Fundación Universitaria, ingreso como docente allí en la jornada de las 2:00 a las 6:00 p.m., cada ocho días los viernes. Para este momento ingreso también al Instituto Colombiano de Fomento para la Educación Superior -ICFES- con un contrato definido por seis meses o un año, no recuerdo. Otra vez papeleo en cada institución, nuevos desafíos, nuevas mariposas en el estómago, nuevos ires y venires y por supuesto nueva puesta en escena.

Ingreso al ICFES y soy asignada a la oficina de Relaciones Internacionales. El director de la Oficina en ese momento me recibe, pero debo empezar por decirle que los viernes tengo que salir a las 12:00 A. M. y no puedo regresar, le explico la circunstancia y me otorga el permiso con la condición de recuperar ese tiempo y así lo hice.

1992, los quinientos años de la *Conquista*. Han organizado el Encuentro de Americanistas, linda opción para asistir por intermedio del ICFES a los diversos eventos en universidades, encuentros, foros, conferencias, arte y música. Sigo enriqueciendo mis experiencias. Se presenta aquí la vacante

de un cargo, hay convocatoria abierta para un puesto administrativo y me presento, con optimismo moderado, por los comentarios que surgen sobre la asignación de estas vacantes en las instituciones públicas. Aunque anhelo crecer en mi profesión y la docencia, todavía los astros no se alinean en esa dirección y me presento para el cargo administrativo, hago el examen en la oficina donde suelen presentarse los exámenes públicos y oh sorpresa me gano el concurso. Ordeno mis documentos y nuevamente papeleo, requisitos, médico y me posesiono. Pasando algún tiempo, otra vez en una decisión algo rápida y por expectativa de otro cargo, en una reacción no pensada con cabeza fría, renuncio, me voy para otra institución privada, allí donde llego no me gusta y decido volver al ICFES aduciendo mi resolución vigente por un año y que me daba el derecho a regresar, pero me argumentan que no es válida, pues la institución entraría en reestructuración. Sin embargo, me asignan un contrato por encargo en la Secretaría General y luego paso a Profesional Universitaria. Se acerca el año 1993 y salgo del ICFES, me quedo con la docencia los viernes e ingreso a un trabajo comunitario y formo parte de una lista de amigos para hacer trabajo político y lanzarnos como ediles, buenos resultados el primer renglón salió –yo no alcancé–.

DE PASO POR EL MINISTERIO DEL TRABAJO: 1995

Ingreso al Ministerio del Trabajo contratada por un año como asesora para políticas de mujer. Gratificante pero compleja labor participativa con las mujeres especialmente las sindicalizadas y en algunas comunidades vulnerables. Fue un ejercicio de docencia y participación sobre los derechos laborales, con una mirada de género. Resultado, se edita allí la cartilla: Colombia, Mujer y Trabajo. Pero como todo en la

vida el proyecto termina y desde luego el contrato. Surge una investigación y soy contratada por un año más en un proyecto social, a través de una ONG, el Ministerio y el Instituto de Seguros Sociales. El tema fue la vida laboral de las mujeres trabajadoras en las ramas de la industria del café en el viejo Caldas, algodón en el Cesar, banano en Urabá y flores en Bogotá. A este Proyecto invito a trabajar a una excelente profesora que todavía comparte docencia aquí en la Fundación y a quien conocía de tiempo atrás. Fue una labor pedagógica encantadora, hacíamos talleres con las mujeres del sector de las flores en Madrid y Facatativá. Como resultado se escriben unas cartillas, de las cuales junto con mi compañera fuimos coinvestigadoras y, además, yo redactora del libro: *Desde la siembra, voces de mujeres*.

Para este momento, finales del año 1995, seguía los viernes dando las clases y terminando el proyecto. Una profesora de la otra Fundación me recomienda y llego aquí a la Fundación Universitaria del Área Andina, dejo mi hoja de vida, pero me dicen que hasta el próximo semestre podríamos hablar y entrevistarnos.

1996: INGRESO A LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA DEL ÁREA ANDINA

Se tiene en cuenta mi hoja de vida e ingreso a la Fundación del Área Andina como docente de cátedra y comparto como catedrática en el día y en la noche en otras dos instituciones. Repartir el tiempo en cuanto a lo familiar, físico, intelectual y geográfico, se constituye en todo un combate, son varias carreras en el día y aunque genera satisfacciones, es desgastante, pero agradable y reconfortante, realizar lo que a uno le gusta, pues al fin de cuentas mi vida estaba direccionándola en ese sentido. Contribuir con el desarrollo

académico de las instituciones, la formación de los chicos que tienen acceso a la educación, mi crecimiento personal y profesional y sin temor a equivocarme ha sido mi sustento económico que pese a las extensas jornadas, risas y hasta de lamentos, me ha permitido tener un honroso sitio, cultivar y exprimir lo bueno, sacarle provecho a lo negativo, mejorar y poder subsistir desempeñando un oficio, que aunque a veces no es bien valorado ni económica, ni socialmente, como debería ser, definitivamente se ha constituido en una parte de la esencia de mi vida, de generar nuevas experiencias, de compartirlas con mis estudiantes, de darles *sermón* de forma fraterna, convalidarme con sus aportes e irreverencias, pero también convalidándolos con mi escucha. Es en la docencia por excelencia donde ubicarse en el lugar de la otra persona cobra vigencia, pues solo se enseña con el ejemplo, la ética, el conocimiento y por supuesto, con la convalidación mutua.

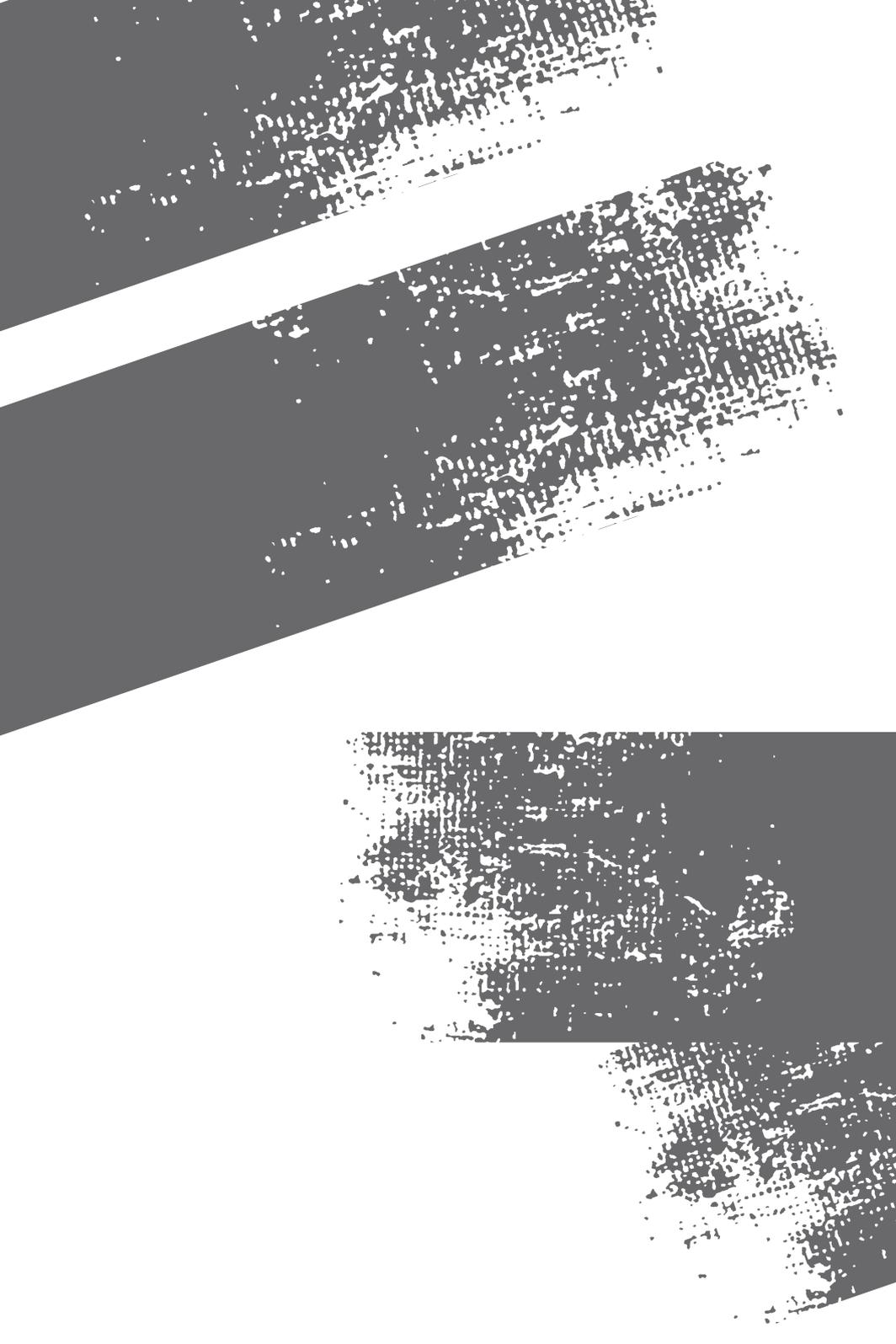
Ya en la línea de la educación de tiempo completo en el 96, se culminó el proyecto, contenta y segura de que ingresaba de tiempo completo a lo que deseaba. De forma alterna, me dedico a estudiar primero una especialización en Proyectos Educativos Institucionales, una en Docencia Universitaria y por allá más tarde una Maestría en Educación. Bueno, también gracias a las capacitaciones que he recibido aquí en la Fundación, he aprendido de muchas bondades de la virtualidad, unido a cumplir con el requisito formativo de las competencias que han resultado un excelente condimento docente.

Recuerdo ahora el fragmento de un poema de Jorge Luis Borges: “el deber de todas las cosas es ser una felicidad; si no son una felicidad son inútiles y perjudiciales”. Sí que hay razón; a mi docencia la ha caracterizado la felicidad y el amor por lo que hago, pero gratificadamente también el camino me ha recompensado con que muchos y muchas estudiantes les han encontrado la felicidad a las clases –eso dicen-, con lo que estudian y hacemos.

Creo que como todo maestro o maestra, tengo algo de Shakespeare en la sangre. Un toque dramático, un instinto de lo poco usual y un sueño loco, para que no me olviden. Con estos rudimentos teatrales me instalo en el escenario del aula y a actuar se dijo.

Finalmente, viene a mi memoria un ensayo que escribí aquí en la Fundación para participar en un concurso de ensayo para estudiantes, docentes y administrativos y ¡oh! sorpresa, ganó y fue publicado en la revista de Humanidades por allá en el año 2002, donde sustentaba que “enseñar es complejo e igualmente lo es aprender”. Narrando esta crónica, reconozco que cada día confirmo la importancia de esa relación docente-discente. Sócrates, afirmaba que la misión del maestro se compara a la de la partera, quien crea las condiciones para que la vida sea, con aquel que está presente en el misterio de la vida y sigo rescatando esa parte esencial del encuentro cara a cara en las tablas del aula, esperando dar una buena función y que los y las estudiantes la retroalimenten con un resultado crítico, formativo y ético.





EL DÍA DEL ADIÓS NO HACE AL HÉROE

POR: OSCAR JAIR MACÍAS. GANADOR,
CATEGORÍAS ESTUDIANTES, 2015

Esta obra nos enfrenta con una voz que recuerda, ama y añora desde el dolor. Es un texto que intenta alejarse del hecho para verse a sí mismo como un testigo, es más una punción que nace de las entrañas y lleva a este testigo a reconocerse, hacerse protagonista, a que la voz del personaje se deslice por la hoja en blanco y conjure con un homenaje, las palabras que no se dijeron, los abrazos que quedaron en las ventanas, los sueños que se llevó un mal paso, la presencia de quien se pronuncia como un reflejo perpetuo.

La noche esplendorosa se asoma más oscura que nunca en la bella y silenciosa Bogotá. Los gatos vagabundos ronronean en los tejados vecinos aspirando a hallar una pareja. Los recuerdos se acumulan en las nubes pasajeras, mientras un niño asustado desde las sombras de su cuarto cae en una sonrisa pasajera que le hace emocionar “tengo una familia” pronuncia entre bostezos, una simple y frase significa su felicidad.

Duerme abrazado al mar de recuerdos, jamás ha necesitado dinero ni juguetes para poder sostener en su rostro una sonrisa. El reloj titila algunos segundos antes de sus estruendos de las seis de la mañana, dos segundos posteriores en donde el cuerpo está despierto, pero se niega a levantar. Al dar los primeros pasos fuera de la cama observa a su fiel perro saltando de alegría. Sube las escaleras y encuentra a su padre preparando el desayuno, leyendo un libro, meditando, preocupándose por él y su madre. Por esos días entendía mejor que nadie el significado de héroe.

La señora Marina suele pelear con su esposo. Él hace las veces de intermediario entre las *grandes y fatales* peleas de dos minutos entre ellos, pero este día, 19 de Julio, un domingo como cualquiera, todo parece estar detenido en el tiempo, como si los sentidos presintieran lo que se avecinaba.

Cuando Arturo era pequeño, narraba la abuela, solía escapar de clases para atender sus curiosidades, era un Romeo de pueblo, seguro porque sus conquistas siempre terminaban en tusas difíciles de olvidar. A medida que crecía sus capacidades rebeldes fueron evocadas en su pasión por el esoterismo y el misticismo. Observando el mundo, soñó con tener una empresa que constituyera oportunidades de empleo, que generara una comodidad para la familia que pronto llegaría a su vida, soñando con un mundo ideal, fue lastimado en muchas oportunidades por personas que se

aprovecharon de su buena honra, aunque fue engañado en tantas ocasiones siempre pronunciaba.

No importa, las soluciones no se buscan con rabia, lo bueno se devuelve, pero la venganza es algo en lo que no nos podemos encadenar.

El amor de su vida vivió tantos años a su lado que de seguro cuando se dieron el primer beso fue como si liberaran un sentimiento perpetuo. Tuvieron un niño muy despistado, pero ¿cuántas cosas elementales sobre la vida no puede enseñarte una familia? no era muy numerosa, tres personas, construyendo la calidez en una casa que a los ojos de los demás era fea, pero para ellos, era cómodamente rústica.

Mientras se ocupa en recuerdos, el niño vuelve, para a su padre abrazar.

- En este día ayudaremos a los vecinos, vamos a tener que reparar su techo porque el agua está afectándoles
- Pero ¿y les vas a cobrar?
- No, las mejores recompensas están en ver una satisfacción en el rostro de los demás.

Si el presentimiento fuera una predicción, ese día, su hijo, no habría dejado que se subiera a ese techo, habría preferido trabajar toda una vida para comprar un tejado nuevo. Aquella imagen que jamás olvida, cuando por última vez contempla el rostro consciente de quien fue todo para él. -“apenas termine aquí te ayudaré con el trabajo”- fueron las últimas palabras que escuchó, antes de que el mundo se viniera encima.

Los minutos no pueden ser descritos, en un holocausto los gritos de la madre y una prima, lo hicieron como el hielo quedar, ¡Ayúdenos, Arturo se mató! Fue algo que, desde sus sentidos, le hizo al niño correr hasta la casa vecina, al llegar, percibió su

respiración diluyéndose, como sus ojos perdidos en el delirio de estar abandonando este mundo, susurró con desespero

– Respira, tranquilo, mantén aún la fuerza, necesito que estés aún para mí.

Una caravana de vecinos se despidió, sin saberlo, de él, mientras la camilla lo llevaba hacia la ambulancia, en donde con total desespero la señora Marina no toleraba su cabeza y todo en ella estaba por estallar. En el hospital El Tunal se evidenciaba el mal servicio al que nos sometemos todos los colombianos, la demora, el mal diagnóstico los llevaron a esperar en medio de una fría intervención de cerebro, —el señor está expulsando cerebro por los oídos debido al impacto, debemos operar en este instante o el señor se muere— fue el dictamen de los médicos.

En aquel momento la señora Marina, su esposa, no toleró tanto estrés y se desmayó en los brazos de un impúber que debía madurar con el movimiento de los sucesos. Solo en una sala de espera pasó más de dos horas. Aquellos corredores que ocultan tantas tragedias, en donde los asientos lo hacen perder en el vacío cómodo de no querer tener ninguna noticia, se escucharon por todo el hospital los pasos insoportables de los tacones de la enfermera quien fría como una roca al ver solo a aquel muchacho desamparado, no tuvo ninguna cautela al pronunciar:

- El señor no superó la operación, lo sentimos, pero hicimos todo lo posible

Se desmoronan un mar de recuerdos, un dolor nace en el interior y una prueba más difícil que aceptar, la noticia hay transmitirla.

A los pocos minutos tenía al frente a su madre con los ojos cristalizados, no pudo decir ni una palabra, tan solo siguió desde su espalda la caminata hacia la sala operatoria en donde gritos y desesperados llantos ocuparon la despedida

trágica de su único amor, el reloj marcaba las 11:59 siendo este el final del día. Con fuerza abrazó a su madre y dijo “todo estará bien yo cuidaré de nuestra familia”. Caminaron juntos, él sin dejar brotar ni una sola lágrima, cruzando un hospital tan oscuro, lleno de sombras y soledad dejando atrás tan solo un desespero apego a la palabra eterno.

Al salir a la calle, la familia esperaba y al verlos rompen en llanto, se abrazan, pero él, no puede llorar no le es permitido, más al fijar su mirada en la ventana puede ver a su padre alzando una mano, aún no sabe si ve borroso o si la tristeza consumió su subconsciente, lo único que supo es que tenía que llorar y dejarlo escapar.

Causa desespero el trasnochar después de una noche fatigada, en donde los ojos anchos como un par de labios expanden el dolor de no aceptar los hechos, cae ciego mientras observa la ventana.

- ¿Qué será de mi vida? se pregunta.
El entierro tuvo mariachis extrovertidos.
- Me gustaría que hubieses estado para burlarnos de esos ridículos sombreros.

Camina con tantas personas a su lado mientras pronuncian aquella palabra que corta el alma de quien tiene una herida expuesta “Mi sentido pésa-me”. Es tan común esta palabra, es como colocar una manta sobre una alcantarilla a la espera de que esta no produzca malos olores y tampoco se desborde. Las semanas pasan y aún su cuerpo reacciona a los instintos sencillos que le tenía acostumbrado esta esencia.



Duró tres meses levantándose por tan solo por reacción cuando escuchaba unas llaves al dar las siete de la noche, abría la puerta y se quedaba en un estado vacío, cuando recordaba al cuerpo que ya no llegaría. Pasó días enteros mirando fotos, acechando la soledad, entendiendo por qué la vida pasa tan rápida cuando se es feliz, pero por qué se hace tan lenta cuando se está triste.

Mientras estas etapas pasaban comenzó a hacer cosas que no hacía antes, apoyaba a su madre, estudiaba con el mérito de rendirle homenaje a su padre, empezó a apoyar a las personas que pedían su consejo y que por múltiples circunstancias perdían a un ser querido como él. Le preguntaban

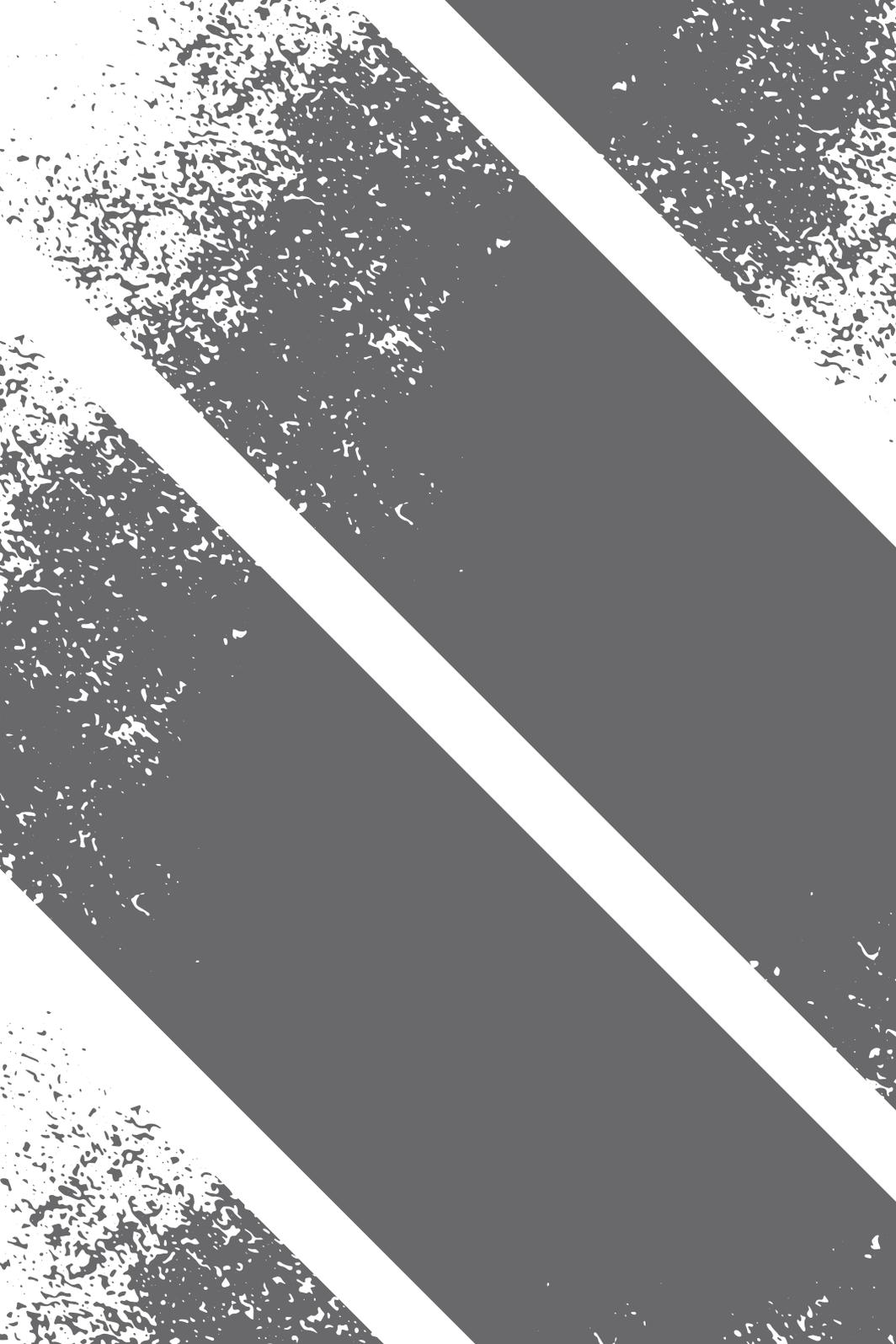
- ¿Cómo lo hiciste?, a lo que respondía con un recuerdo vivo en su mente y una sonrisa mueca y sabia, emitiendo suspiros.

Respondía:

- Las personas no se marchan tras el azar de un accidente, deben partir porque nosotros debemos crecer, tenemos la obligación vigente de rendir homenaje a tanta sabiduría a todos aquellos ejemplos que con cada gota de amor formaron nuestro existir.

Los años pasan, ya ha leído todos los libros que dejó su padre en la biblioteca, ha aprendido todas las recetas que a la fecha conoce de su preciosa y antiquísima madre, es un adulto construido por las enseñanzas. Ahora camina ligero, mira al cielo mientras trabaja duro. Sabe que los verdaderos héroes no están en la guerra ni tampoco en la televisión, se encuentran sacando adelante a sus hijos, dejando un sendero para que superen a la fantasía.





EJÉRCITO DE ÁNGELES

POR: LEIDY KATHERINE RODRÍGUEZ SIERRA,
GANADORA EN LA CATEGORÍA DE ESTUDIANTES;
AÑO 2017.

Este relato paradójico, a ratos trepidante, de la historia íntima y comprometida de una enfermera y una de sus pacientes, puede leerse ya sea como un cuento policial o como testimonio sentimental de cercanía humana. La autora pasa con elegancia temeraria y sin tropezar ni una sola vez, del lenguaje sincopado y técnico de la práctica clínica al relato tierno y sensible de dos almas que conversan en circunstancias difíciles. Un contrapunto de ritmos e imágenes que hacen muy agradable la lectura y que sirven de marco para retratar la condición heroica de tantos de nuestros alumnos, en esta institución de trabajadores, que a menudo llegan a nuestras aulas con un caudal enorme de experiencia profesional que necesitamos reconocer y apreciar para poder conducirlos a niveles aún mayores de logro y responsabilidad. Lo cual no es nada fácil cuando dichos alumnos ya son ángeles y ellos mismos lo saben.

“**G**racias mi ángel” esas fueron, tal vez, las palabras que más han marcado mi vida. Un día normal de agosto de 2015 agobiada por la rutina, como es costumbre, llego a trabajar en el servicio de Atención Médica de Urgencias (SAMU) norte, entidad de la Cruz Roja en la ciudad de Bogotá como auxiliar en enfermería, como siempre la consulta nunca cesó, el tiempo con cada paciente se hacía más corto, y por fin, la hora más anhelada en toda la noche se aproximaba, el fin de la guardia se sentía cada vez más cerca, no sólo el reloj lo decía, el agotamiento que se hacía evidente en nuestras caras era suficiente para saberlo.

Terminando con la entrega de uno a uno de los pacientes a nuestro cargo, se escucharon a lo lejos gritos de desesperación, un grupo de personas, aproximadamente cinco, entraron a la institución exigiendo atención inmediata para una joven, el personal de vigilancia al ver que la paciente se encontraba en estado de inconsciencia, la trasladan al área de reanimación, inmediatamente se activó código (urgencia vital). A pesar de que mi jornada había culminado con la entrega del último paciente, me acerqué a la sala para ofrecer mi ayuda, era una joven de 19 años inconsciente, con signos que indicaban que había presentado episodios eméticos, con hematomas en todo su cuerpo pero que no señalaban algún tipo de agresión, eran peculiares, en zonas extrañas, de un color especial. Con órdenes médicas se logró estabilizar la paciente, al salir, en la sala de espera estaba su madre, horrorizada, angustiada y confundida sin saber qué le pasaba a su hija, uno de mis defectos siempre ha sido la capacidad casi nula de afrontar una situación emocional difícil, aún más cuando no estoy directamente afectada, se podría decir que nunca tengo las palabras para expresar mi apoyo, al ver la tristeza que emanaba su cara, salí en medio de mi cortedad, sin ser capaz de dar una palabra de aliento, corriendo para mi casa anhelando el lecho de mi cama.

Camino a casa pensaba ¿Qué podía ser lo que enfermó a esta joven? ¿Por qué estaba así de un momento a otro? ¿Acaso sería una agresión antigua? ¿Ella escondía algo? ¿Era posible un cáncer? Al día siguiente regresé a turno, hicimos la entrega habitual y para mi sorpresa, Gloria continuaba en observación a esperas de una remisión, fue inevitable sentirme devastada al escuchar su diagnóstico: mieloma múltiple y procedimos a descartar otras comorbilidades. El mieloma múltiple es un tipo de cáncer que afecta las células de la médula ósea. La tristeza en sus ojos era todo un reto al asistirle toda la noche y, por ende, hacer lo que había evadido el día anterior; brindar consuelo. Así, organizamos las actividades con el jefe del servicio, me dirigí a la unidad de Gloria para tomarle unas muestras para el laboratorio, nos saludamos y le expliqué lo que íbamos a hacer, ella me pidió que le hablara mientras la pinchaba porque aún no se acostumbraba a eso.

Durante el paso de las horas la empatía entre las dos se hacía más fuerte, en cada oportunidad hablábamos de todo un poco, de su novio, la universidad, el trabajo, su familia, incluso en momentos olvidábamos por completo su diagnóstico como si dos amigas que no hablan hace mucho tiempo se encontraran, reíamos como dos locas; como la unidad de ella se encontraba frente a la estación de enfermería manteníamos un contacto casi permanente. Ella era la paciente favorita para muchos, tenía un carisma que hacía, que el ser querida por todos fuera algo normal, algo obvio.

Pasaron los días y su estado mejoraba lentamente a esperas de que su seguro le autorizara el traslado que necesitaba, el médico coordinador al ver su condición y la urgencia de su atención en una entidad de alta complejidad habló con su familia y expuso la difícil situación, el riesgo que conllevaba que Gloria continuara en un centro de primer nivel recibiendo cuidados básicos sin avanzar en su diagnóstico

y su respectivo tratamiento. Finalmente, la familia decidió firmar el acta de salida voluntaria y posteriormente dirigirse a otra institución. Nos despedimos con un fuerte abrazo y con unas palabras que ya no eran de aliento, sino de amigas que esperan volverse a encontrar.

Así transcurrieron los días, con el tiempo perdí todo contacto con ella y su familia, saber qué había pasado con ella, era muy difícil, aunque todos, médicos y enfermeras, queríamos conocer su estado actual, por medio de contactos tratábamos de encontrarla o al menos saber cómo estaba, eran casi nulos todos los esfuerzos, algo que me avergüenza es reconocer que concluimos que Gloria había fallecido.

Mis días continuaron igual, con su rutina absorbente, luchando por continuar con mi preparación profesional, recordando por momentos a Gloria, su alegría, cada una de sus palabras, unas de ellas fueron “no es irónico... es como si Dios escogiera una a una a las personas que más ganas tienen de vivir para luchar contra esto, es como un prerequisite...” ¡Dios! ... quién responde a esto, definitivamente era una mujer excepcional, inteligente y paciente. Consumida por mi rutina cada día la recordaba menos como si aceptara su muerte.

Muchas cosas pasaron esos meses siguientes, logré ingresar a la universidad, en busca de comodidad y practicidad para el manejo del tiempo empecé a buscar un trabajo en mi ciudad Zipaquirá o por lo menos lo más cerca posible ¡Qué cosa más dura! pasé hojas de vida en cuanto oferta encontraba y nada. Visité institución por institución, hasta que en una clínica que estaban recuperando en el centro de Zipaquirá se abrió una convocatoria para todo el personal en general.

Como es evidente me presenté convencida de que era una institución normal, con todos sus servicios incluyendo

obviamente urgencias, mi favorito. Al pasar a la entrevista la líder de enfermería me hace una introducción de la institución: “la clínica Arcángeles es una institución de tercer nivel con especialidad en hemato-oncología” ... Como es la vida, el área que no me ha gustado nunca, a la que siempre le huyo, la oncología: ciencia y servicio sanitario que se encarga del estudio de los tumores y su tratamiento, para mí siempre ha sido el peor servicio y no lo digo por el tipo de pacientes que se maneje o porque el trabajo sea pesado, es el estado emocional de ellos, de sus familias, el acompañar en esa última etapa de su vida a una persona que tiene todas las ganas de seguir. De hecho, unas de las palabras que más se escuchan allí son: cuidado paliativo, que no es más que hacer llevadero el dolor y su agonía mientras se espera que en cualquier momento el paciente muera, para mí son las peores.

Como lo esperaba en la entrevista me fue bien, me aceptaron e inmediatamente firmé contrato e inicié con mis labores, sin embargo, no renuncié a la Cruz Roja por temor a no poder afrontar ese reto que yo misma me había impuesto. Así duré casi dos meses, hasta que el agotamiento físico me hizo tomar una decisión, fueron muchos factores los que puse en la balanza entre ellos mi familia y el cariño que le tenía a ese servicio, así que me quedé en Arcángeles empezando de cero.



Mi turno siempre ha sido nocturno, en diciembre de 2016, una noche de esas espesas, la oficina de referencia encargada de recibir los pacientes en la institución nos informa que se espera un ingreso al área de oncología y que esta paciente requería inicio de tratamiento urgente, con mi compañera preparamos la habitación y el equipo para cualquier necesidad en su atención.

Sobre las 22:00 llegó la paciente y las lágrimas salieron de mis ojos sin poderlo evitar, era Gloria, ya no tenía cabello por las quimioterapias, con una delgadez casi extrema, pero algo seguía intacto, su sonrisa, ella inmediatamente me reconoció, su alegría al verme me hizo sentir tan plena, el saber que no había muerto como pensaba era gratificante, iniciamos con su atención, tomamos muestras para laboratorio, preparamos su tratamiento mientras los médicos le ponían un catéter implantable para sus quimioterapias.

Después, recibimos una llamada del laboratorio informando que los resultados no estaban para nada bien, empezando por la necesidad de hacerle transfusiones de unidades de sangre, se informó al médico del servicio, se inició el procedimiento y así toda la noche estuvimos luchando con Gloria. En la mañana al entregar turno no nos despedimos porque ella estaba profunda, agotada por esa noche tan larga que estoy segura no había sido la primera así por la tranquilidad con que manejó la situación, eso indicaba que se estaba acostumbrando.

Esa mañana al llegar a casa me comuniqué con mis excompañeros de la Cruz Roja, les conté que Gloria seguía con vida y que se encontraba en la clínica donde trabajaba actualmente, nos organizamos y aunque no vinieron todos la visitamos en la tarde, la mamá lloraba conmovida, en cambio Gloria encantada nos habló sin parar de todas sus aventuras después de conocernos, de todo lo que había hecho antes de ser reclutada para Dios, como decía ella.

Los días pasaron y la amistad con Gloria se fortalecía, como si nunca nos hubiéramos separado, hablábamos durante las quimioterapias, hacía chistes respecto a su estado, le gustaba que le llevara libros, revistas, películas, cuando llevaba mi computador era prácticamente de ella, le encantaba que le contara historias de borrachos que llegaban a los servicios de urgencias, lloraba de la risa y me daba ideas para despertarlos, definitivamente seguía siendo la misma loca extrovertida y como en la Cruz Roja era la consentida, reía con todo el mundo, las directivas todas las mañanas subían a saludarla, y las señoras de la cocina le daban gusto en sus antojos locos sin romper su dieta.

Se cumplió un mes de su estadía y yo por fin inicié con mis clases, ella casi más emocionada que yo me pedía que le contara todo, cómo eran mis compañeros, qué materias veía, si había chicos lindos. Cada vez que llegaba a turno tenía que dar mi reporte, ella se convirtió en uno de los motivos por los que yo corría con entusiasmo a trabajar.

Terminando un turno el sábado por la mañana ella me pidió que la sacara al jardín, pero la clínica no tiene jardines, fue tanta la insistencia de Gloria, que por fin su madre llegó a un acuerdo con los médicos y las directivas; podía salir al parque que quedaba al frente por dos horas y debía estar acompañada por una enfermera y un camillero. Es obvio quién la acompañó. Ese domingo salimos a las nueve de la mañana, hablamos de todo, escuchamos música, le encantaba *Freedom* de Pharrell Williams, la escuchamos como 15 veces hasta que ella dijo “¡listo ya me la aprendí!”, la señora Martha encantada de ver a su hija en ese estado, le preguntó a Gloria qué pensaba hacer cuando saliera de la clínica, y ella con seguridad respondió: quiero publicar un libro para niños y enseñarles a leerlo. Todos quedamos impactados con su respuesta, se cumplió el tiempo y regresamos a la clínica, esa mujer no se calló un segundo ese día, ni siquiera en la noche, quería contar a todos lo que había pasado esa mañana.

Su estado cada día era más prometedor y todos anhelábamos terminar el tratamiento con éxito para que saliera a cumplir su sueño, y por fin se acercaba el día, y Gloria entusiasmada, incluso me pidió que la maquillara para el día de la salida, todo estaba listo para que al día siguiente se cumpliera con su egreso. Esa noche estuvo bien, terminó de leer un libro y descansó toda la noche, en la mañana emocionada por su salida, por sus propios medios pasó al baño. Durante su ducha se escuchó un grito desgarrador, al llegar a la habitación, era Gloria, estaba inconsciente, con sangre en la boca, la trasladamos a la cama, el médico la valoró, se tomaron muestras de control, y casualmente llegó el reporte de una tomografía del abdomen y tórax que se estaba esperando para concluir con su egreso.

Para infortunio de todos, el reporte no era el más alentador, el cáncer de Gloria había hecho metástasis en el hígado, nadie lo podía creer, el servicio de cirugía valoró la paciente y decidió que se podía pasar para la extirpación del tumor, se trasladó a salas de cirugía inmediatamente, al terminar su cirugía se llevó a la unidad de cuidados intensivos, allí duró 10 días. Durante ese tiempo, como los demás, me preguntaba cómo era posible, ella tenía toda la vitalidad, estaba bien, hasta su tristeza parecía curada.

Verla en ese estado era devastador, una manera cruel de la vida para enseñarnos lo dura que puede llegar a ser, en ese momento pensaba que tal vez ella tenía razón, ella cumplía ese requisito para los guerreros que elegía Dios. En esos días estuve con ella en todo momento dentro de mis posibilidades, la señora Martha, su madre tampoco la dejó sola un instante.

Al mejorar ligeramente su estado la trasladamos a la unidad en hematología, apenas podía abrir los ojos,

no podía hablar ya que recientemente se le había retirado el tubo orotraqueal, su madre le hablaba todo el día, por mi parte parecía alejada, y era verdad, la impotencia no me dejaba mentirle más, sabía que ella ya no saldría a desarrollar todos sus proyectos, ahora era como esa tacita de té que lleva en la familia tres o cuatro generaciones, que la cuidas a diario, no la puedes sacar para nada, pero que sabes que a pesar de darle los mejores cuidados, en cualquier momento se romperá.

Como una manera de recuperar su sonrisa, con algunas compañeras buscamos libros para niños y se los llevamos junto con un libro de dibujo en blanco, todos llevamos ideas, pero el entusiasmo y alegría de Gloria se habían ido junto con su voz. Esa noche me quedé con ella por petición de su madre a modo de favor, hablamos un buen rato, pero esta vez las conversaciones ya no eran alegres, toda la noche me habló de sus ideas locas para evitar el dolor cuando muriera, y me hizo prometer que no permitiría que en su agonía sintiera dolor.

Así, pasaron los días y Gloria no sonreía, no quería a nadie en el cuarto, en todo el servicio se sentía la tristeza que salía de la habitación de Gloria, por lo menos para mí, no escuchar sus carcajadas desde el pasillo u otra habitación era una sensación de vacío, como si un ser querido ya no estuviera.

En medio de esta situación tan abrumadora, con tantos compromisos por cumplir en la universidad y mi familia, me desconecté totalmente de la clínica, cambié varios turnos para poder cumplir a cabalidad con mis responsabilidades como estudiante y con mi familia. Para esos días mi prima Liz estaba cumpliendo 26 años, por lo que el domingo 19 de marzo lo celebramos, ese día toda la familia estaba ahí. De hecho, algo que siempre he amado y me hace



sentir dichosa es la unión, el amor, y el compromiso que todos tenemos con la familia, no hay fecha en la que falte alguien en la mesa.

Ese día todos bailamos, jugamos y entre risas se pasó la noche. El lunes festivo, aprovechando que estábamos en Guasca, hicimos un asado, compartimos todo el día, llegada la tarde cada uno se dirigió a su domicilio, esa noche pasamos en vela con Leo, mi novio, que me ayudaba a terminar unos trabajos para la universidad. El descanso se había terminado, ese martes en la tarde fui a clase, y en la noche con mucha pereza volví a trabajar, la verdad había olvidado por esos días a Gloria, indiscutiblemente me había desconectado de la clínica. Al recibir turno mis compañeros me pidieron que me sentara, tenían que darme una noticia, pensé en todo menos en ella, en tono jocoso pregunté ¿Por qué tanto misterio? ¿Quién se murió? Se miraron entre ellos y uno me respondió que aún no pero que la hora se acercaba, pregunte por Gloria y con un movimiento de la cabeza asintieron a mi pregunta.

En ese momento solo podía pensar en qué era lo que estaba pasando conmigo, cómo era posible que me dejara envolver por la rutina y de paso olvidara a esa gran amiga, no podía sentirme más culpable, tal fue mi shock al recibir la noticia que ni siquiera pregunté qué era lo que había pasado con ella, terminé lo más pronto con mis actividades y bajé a buscarla. Gloria nuevamente estaba en unidad de cuidados intensivos, esta vez el cáncer alcanzó sus pulmones lo que le causó un derrame pleural, es decir, líquido en los pulmones, su estado era triste, otra vez con tubo oro-traqueal, con sondas, tubo a tórax, su peso se aproximaba a los 40 kilogramos, la acompañé unos minutos, le recité su oración favorita: “La sangre de Cristo” y me fui a continuar con mi jornada.

Jamás me había involucrado de esta manera con un paciente, a tal punto de conocer su oración favorita, pero ella se había

convertido en mi confidente, era de esas amistades para siempre, que son sinceras y desinteresadas, el verla cada día así, mal, deteriorada, presenciar cómo su enfermedad tomaba terreno a pasos agigantados me afectó atrocemente, sentía perder el control de mi vida, mi concentración disminuyó, no lograba conciliar el sueño, pensaba que eran los peores días sin saber el huracán que se avecinaba.

Cuando sus pulmones resistieron a un soporte de oxígeno por cánula nasal, una cantidad de oxígeno mínima, Gloria regresó a su habitación, pero esta vez yo la esperaba, con dibujos de niños por todo el cuarto que logré conseguir en el colegio donde trabaja una tía. Al ingresar bajó la mirada y me pidió que ya no agotara mis esfuerzos, yo más que nadie conocía su condición y sabía que no saldría de esta situación, que palabras más frías... Era increíble que vinieran de ella, la mujer que siempre tuvo una frase de ánimo, de alegría, de vida.

Esa noche fui yo quien le pidió quedarse, como Gloria decía, sabía que eran los últimos días y no quería perder un segundo, como siempre, hablamos por un buen rato, ella sabía que yo estaba leyendo un libro, *la melancolía de los feos de Mario Mendoza*, que me pidieron en Expresión y Comunicación y me pedía que le diera una síntesis de lo que había leído y continuara con mi lectura junto a ella, leí hasta que ella se quedó dormida, descansé un rato. Cuando desperté en la madrugada, ella estaba haciendo una trenza en mi cabello, con una sonrisa de picardía, sabía que no me gustan, reímos por un rato, podía tener la cabeza llena de todo tipo de trenzas si ella sonreía. En un momento de seriedad ella me explicaba su teoría de la que tanto hablaba, la teoría de los reclutas para Dios, era una mujer muy espiritual. Gloria decía que Dios tenía un ejército con dos escuadrones, dos tipos de soldados totalmente diferentes, unos eran como ella, con sus requisitos, los que luchaban, que eran los tercios y no aceptaban su voluntad, en cambio el otro escuadrón eran

como yo, los que acompañaban y guiaban a sus ángeles, soldados rebeldes, los que voluntariamente servíamos para él, por eso teníamos esa sonrisa celestial en la cara... Hermosas palabras, era innegable su inteligencia, pero lo que decía también confirmaba que ya había aceptado su destino.

Su depresión disminuyó notablemente, aunque ya no era la misma y era entendible, pero su estado físico cada día era peor que el anterior, los médicos dieron la opción a su familia de realizar tres cirugías más, pero sugirieron firmar el acta de no reanimación, ellos aceptaron la cirugía, pero Gloria, fingiendo estar dormida los escuchó, me pidió que hablara con el médico, no quería más cirugías, ella ya se sentía lista para hacer parte de las filas del ejército de ángeles, conocía a Gloria y sabía que estaba lista. Inmediatamente hablé con el médico, aunque sabía que tan pronto ella entrara en inconsciencia era decisión de su familia, hablé con sus padres y se negaron, a pesar de haberles contado la teoría de Gloria.

Tres días después el 6 de abril, fue su primera cirugía, ella lloraba inconsolablemente, le suplicaba a su madre que no lo hiciera, que ella iba a estar bien, no quería más, los médicos al ver la reacción de ella hablaron con los padres, y aunque don Humberto, su padre terminó por aceptar la voluntad de su hija, la señora Martha seguía con su decisión irrevocable. Mientras todo esto pasaba, yo estaba con Gloria en la habitación preparando todo para el procedimiento, con lágrimas en sus ojos, se despidió, "¡Gracias mi ángel! Hiciste todo por mí, eres una mujer inteligente y sabes que hoy es el fin, por lo menos no te volveré a ver, pero esta vez seré yo quien cuide de ti", la abracé fuerte y como siempre no tuve palabras. En la preparación profesional no te enseñan a despedir a alguien que va a morir, lo único que pude decirle fue: procura que no me pase nada, yo mientras haré todo lo que pueda para que estés bien mientras tu mamá lo asimila y te entrega a Dios, me abrazó y lloramos por un buen rato.

Esa tarde fue la cirugía, y como todos sabíamos, su cuerpo estaba muy débil y el cáncer la había invadido completamente, Gloria no murió, pero si entró en coma, como es normal, se pasó a unidad de cuidados intensivos, ahí duró cinco días sin responder a nada, y la mamá aún insistía en que le practicaran las otras cirugías, a lo que el padre se opuso rotundamente y no lo permitió.

A partir de ese momento Gloria presentó varios paros cardiorrespiratorios, los cuales se resolvían rápido con las maniobras, pero después de otros tres fue declarada con muerte cerebral, hasta ese día la señora Martha asimiló que era el momento, y Gloria por fin se pudo ir a cumplir con su deber en el ejército de ángeles, según su teoría. Ese día, aunque era consciente de lo que venía, fue devastador saber que ya no estaba. Gloria siempre fue una mujer excepcional, única, inteligente, carismática, es muy duro pensar que mientras yo la preparaba para la cirugía, ella se preparaba para morir.

Gloria falleció el 11 de abril de 2017, ahora descansa en paz, tal vez militando en las tropas de su ejército, yo en cambio decidí que ella tenía razón y aunque no soy tan espiritual como ella, sé que es mi ángel, por lo menos me ha dejado una lección de vida única. En la escuela de enfermería una



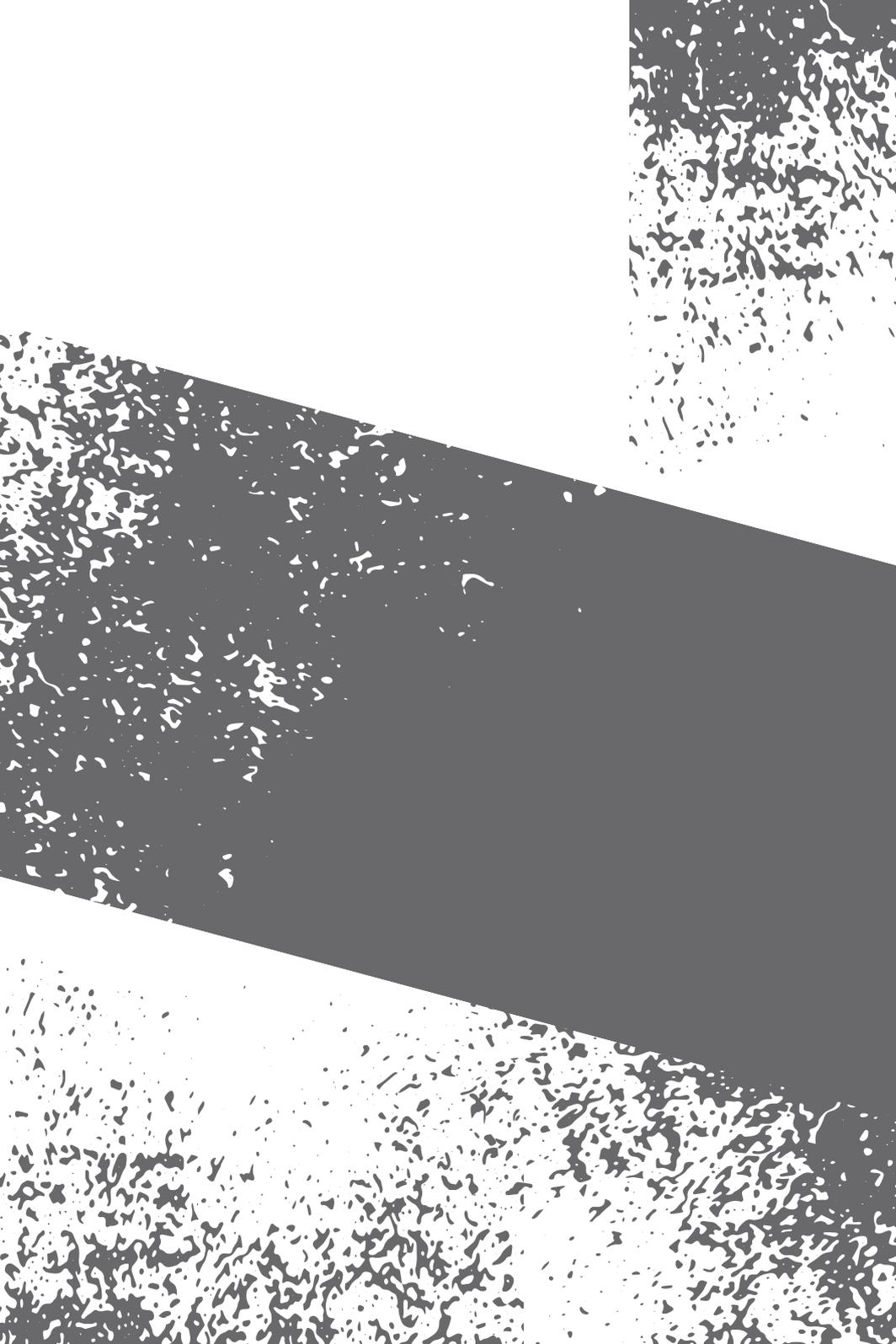
de mis profesoras siempre me recalco la importancia de no involucrarse sentimentalmente con los pacientes, era cuestión de ética, es claro que ella se refería únicamente a relaciones sentimentales de pareja, pero esta vez no era una relación así, era una gran amiga la que estaba en medio de tantos pacientes, que me encontraba a diario

y que como Gloria decía, Dios tuvo su manera de hacernos encontrar.

Ella cambió muchas cosas en mí, hasta el punto de reconsiderar los cuidados paliativos, para Gloria había sido lo mejor, y fue por lo que luchamos las dos, quién lo iba a pensar, después de odiar que se resignaran a que una persona fuera a morir, jamás lo pensé, pero ella ya lo había considerado después de su primera cirugía, y de hecho yo se lo prometí. Mujercita loca, siempre pensando en todo...

Gracias a ella y a lo que vivimos, amo mi servicio y disfruto ayudar y complacer a mis pacientes, aunque ahora procuro que no sea como con Gloria, ya no se trata de ética, se trata de estabilidad emocional. Muchas personas ajenas al ámbito sanitario, dicen no entender por qué nos puede gustar esta profesión si no se tiene vida social, sin saber que la vida social de nosotros está ahí, en nuestros lugares de trabajo; experiencias como estas definitivamente son la mejor descripción de la frase: ¡Amo lo que hago!







¡MUCHO POLVORÍN!

POR: ANDREA CONSTANZA TIJARO DÍAZ.
GANADORA, CATEGORÍA DE DOCENTES, AÑO 2017.

Esta obra se inserta resueltamente en la tradición de las crónicas más contemporáneas, en el sentido de que se respalda en una sucesión de imágenes memorables que se quedan grabadas en el lector, desde el mismo título y esa primera frase, inédita en los anales de la realidad. Sentimos la presencia fresca y animosa del narrador sin que su personalidad interfiera de manera indecorosa en la observación de los detalles que nos desea mostrar, detalles seleccionados con un ojo astuto para tomarnos por sorpresa. Está totalmente desprovista de una intención pueril por mostrarnos lo exótico de nuestros paisajes o lo dramático de nuestros conflictos. Observemos por ejemplo que la palabra flecha se aplica con la misma naturalidad a la herramienta de caza de los indígenas y a un determinado tipo de teléfono celular.

Una flecha me rozó el pómulo izquierdo, me alejé lo más que pude y el indígena se excusó. Íbamos en la parte de adelante de una chiva llena de personas con cajas de alimentos hacia un caserío en el Meta, Colombia, cuando de repente alguien dijo “¡Nos van a parar!” Otra persona interrumpió: “¡Yo soy indígena, yo hablo con ellos!” (eso significaba que manejaba su lengua). Nos miramos con Lina y permanecemos en silencio mientras el padre Ernesto nos dijo: “Tranquilas, permanezcan en el puesto” Por la ventana se veían muchos indígenas con sus flechas y arcos y cerca, estaba el ejército.

El bus se detuvo y se subieron varios indígenas exhaustos después de haber pasado varios días en enfrentamientos con el ejército que defendía a la petrolera, al parecer la razón del conflicto eran ciertas condiciones laborales y la posible ampliación de su planta en territorio indígena. Uno de los indígenas que se subió al bus se me acercó mucho y casi me lastima con la flecha, la cual tenía veneno. El bus continuó el viaje por el camino polvoriento.

Tres días antes, durante la segunda semana de abril de 2015, sonó el celular, abrí los ojos sobresaltada, era Lina:

- Andrea ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? Ya faltan 10 minutos para las 5 de la mañana, estoy en la terminal esperando a que abran el bus para sentarme, ¿Dónde estás?
- No me vas a creer me quedé dormida, anoche trasnoché dejando listo un trabajo y me ganó el sueño, ya voy, ya voy...
- Pero no vas a alcanzar... - Sí, ya voy.

Me levanté corriendo de la cama, me vestí con la ropa que había dejado lista en la madrugada y me lavé la cara. Tomé la maleta que había dejado casi lista y le metí las cosas de aseo que me faltaban. Me puse una chaqueta para el frío de la madrugada y salí corriendo sin peinarme, hacia la avenida

para tomar un taxi. Lo mejor de ese momento fue la cara del celador al verme así...

Por fortuna, había un taxi presto para recogerme y me subí, le comenté al señor la situación y él con buena voluntad, aceleró para llegar a la terminal de transportes de Bogotá lo antes posible. Mientras tanto, yo traté de arreglarme un poco, me apliqué polvos y me hice una trenza.

Llamé a Lina y le dije que le dijera al conductor que por favor me esperara, ella habló con él y me dijeron que me recogerían en el puente de la Av. Boyacá con 13. Al subirme al bus, sentí un alivio grande y Lina se rio un buen rato de verme e imaginarse lo mucho que había corrido para alcanzar al bus.

Comenzamos el viaje hacia Puerto Gaitán en el Meta, según nos dijeron eran siete horas, pero terminaron siendo nueve, durante las cuales estuvimos en su mayoría durmiendo, conversando por ratos y viendo el paisaje.

Al llegar, bajamos las maletas y nos recibió el Manacacías, hermoso y caudaloso río utilizado para transportar mercancías y personas entre Puerto Carreño en el Vichada y Villavicencio, para la pesca y la observación de delfines negros, llamados mitones por los indígenas de la zona, que esporádicamente muestran su lomo oscuro y brillante.

Tratamos de llamar al sacerdote con el cual íbamos a trabajar durante la Semana Santa, a quien no conocíamos, pero el celular sonaba apagado. Así que tomamos nuestras maletas y nos fuimos a una panadería a buscar un jugo, preferiblemente embotellado, para evitar tomar agua que si no es debidamente tratada puede causar infecciones intestinales. Eso lo aprendí en una misión pasada, en Santander, un día en el que nos hablaron de una familia muy humilde, la cual cuidaba a una abuela a punto de morir. Ese día fuimos con una compañera misionera llamada Mary Luz, caminamos entre

los árboles y pasamos por un río en el cual tuvimos que quitarnos los zapatos, y se convirtió en un momento de alegría y juego con los niños que nos acompañaban. Al llegar a la casa que buscábamos, nos encontramos con una choza de paja y bahareque en las laderas del río. Una familia numerosa nos recibió, todos de piel trigueña, delgados y en su mayoría rubios. Una niña nos encantó por su ternura y belleza natural, tenía una mirada muy expresiva.

Al entrar en la habitación de la abuela, vimos a una señora en huesos e inmóvil en su incómoda cama de madera. Le tomamos la mano e hicimos un rosario y una oración sentida por ella y su descanso. Durante esa visita a modo de gratitud nos dieron un refresco, el cual recibimos por amabilidad. Les dejamos dulces a los niños y nos fuimos.

Esa noche empezó mi tribulación, sentía retorcionones fuertes en el estómago, me dio diarrea y fiebre. No podía más que correr al baño que quedaba afuera de la casa en el caserío y después a bañarme, eso lo hice varias veces en la noche. En la madrugada la señora de la casa que tenía apariencia de bruja de cuento; delgada, de cabello gris y blanco largo y enredado, con una verruga en la nariz, de forma amorosa me hizo infusiones de ajo y limón. Esas mezclas naturales pararon mi malestar, pero no podía comer porque inmediatamente tenía que correr al baño. Así, duré tres días. Después, se me pasó un poco el malestar, pero al llegar a Bogotá tuve que ir al médico y duré delicada tres meses, desde ese entonces mi digestión no es la misma.

De nuevo en Puerto Gaitán, bajo el sol abrasador, tomamos el jugo y luego nos fuimos a almorzar cerca de la terminal de transportes. Finalmente, llegó el padre Ernesto, quien para mi sorpresa tiene una barba larga blanca y gafas, como un rabino. Lo blanco de la barba representa los días, los meses y los años de experiencias vividas. Tomamos de nuevo las maletas y nos fuimos para un hotel, sencillo y acogedor:

El *malecón*, nos despedimos del padre y nos fuimos a la habitación para bañarnos y descansar un rato.

Después fuimos a comer con el padre mientras nos contaba que deseaba volver a África, ya que su experiencia allá le cambió la vida. Transformó su visión sobre la belleza, puesto que en África hay hombres que gustan de mujeres grandes, pero hay otros que gustan de mujeres gordas, tanto que de niñas las maltratan para forzarlas a comer más, se trata de una necesidad de preservación de la cultura en la sequía.

También, cambió su visión sobre la mujer en cuanto a su papel en la sociedad. Nos contó que una vez en la casa cural se necesitaba gaseosa para beber y se fue a buscarla, junto con una nativa, al llegar al lugar para recogerlas quiso cargarlas como un hombre fuerte y autosuficiente pero ella no se lo permitió porque son ellas quienes cargan en su cabeza el agua y en general el líquido, velan por el abastecimiento de casa, además si no lo hace puede tener problemas con su jefe de tribu, incluso podrían pegarle, le sorprendió su valentía.

Terminamos hablando del conflicto en África y también en Colombia, los problemas que culturalmente se desatan por esto. Recordé una de las misiones más difíciles que he tenido, fue en el Putumayo bajo, en el año 2012. Llegué a un pueblo azotado por el conflicto armado, habían pasado tres años de una oleada fuerte de violencia por enfrentamientos entre paramilitares, guerrilleros, y ejército. Al llegar a esa parroquia,



me encontré con que al padre Alcides Jiménez Chicangana, lo habían matado en el púlpito ofreciendo eucaristía debido a sus sermones en contra de los cultivos ilícitos y su esfuerzo por suplirlos por cultivos de frutas y verduras. Y es que los grupos armados trajeron consigo la proliferación de cultivos ilícitos. Por su parte el ejército hace fumigaciones, pero eso acaba con otros cultivos también, aunque arrancan manualmente las plantas en algunas operaciones.

Continuamente pasábamos en moto por una vereda al lado de una casa grande quemada y abandonada, se notaba que en algún momento había sido hermosa, no me atrevía a preguntar al respecto, hasta que sentí confianza y le consulté a Harvey, un joven del lugar. Me explicó que esa casa era grande y bella hasta que sacaron a su propietario y la convirtieron en un retén de los paramilitares por tratarse de un lugar de paso obligatorio y ahí paraban a la gente, a algunos los devolvían a sus casas, a otros los capturaban y torturaban, los colgaban en los árboles, los despedazaban y los botaban en la carretera. Niños y adultos presenciaron escenas de terror y escucharon gritos de angustia y lamentos. De hecho, en esa oportunidad, para el 24 de diciembre preparamos una sorpresa; dos piñatas las cuales llenamos de juguetes con una líder comunitaria quien hizo muchas piruetas para conseguir algunos juguetes y cartulina para armarlas, las colgamos en el salón y ningún niño era capaz de romperlas, nadie se atrevía a pasar al frente, hasta que decidimos romperlas con la mano y darle los juguetes a cada uno. Esto era muestra del temor con el que vivían los niños.

Cuando llegaba de visita a las casas para recoger los niños y llevarlos a los talleres, algunos al percibir gente cerca se escondían en los armarios o debajo de la cama, aunque ya había pasado la época más dura, esconderse se había vuelto una costumbre. Antes de acercarme a la casa gritaba mi nombre y abrían las ventanas, luego hablaba con sus padres

y me comprometía a cuidarlos. Fue una experiencia llena de contrastes, porque por un lado los jóvenes conservaban la esperanza de salir adelante con sus familias y el trabajo en el campo, incluso formaron un programa de radio pedagógico donde emitían mensajes de esperanza, trataban temas de educación sexual y recetas de cocina que motivaban el uso de plantas como la flor de Jamaica, por otro, la sangre que recorrió los canales de las vías y la coca causaron una tremenda herida en la comunidad, además de la estafa de DMG. Alguna vez mientras caminábamos, una niña de 10 años dijo: “Lastima que nos quitaron los cultivos de coca, con eso compramos la nevera, la sala y otras cosas...”. Algunas noches me sentaba a llorar sola.

Mientras comíamos pizza, se acercó la pareja administradora del lugar a saludar al padre Ernesto, como buenos amigos, la mujer estaba un poco triste porque cuidó a un niño que habían abandonado recién nacido hasta que cumplió 10 años y hacía pocos días llegó su mamá biológica a reclamarlo y se lo llevó sin siquiera decir gracias. El padre en medio de la tristeza compartida y algo de frialdad, le recordó que no hay que dar esperando algo a cambio y que los hijos en su momento se van.

El cansancio cada vez era mayor, así que rompí con la conversación para decir que por favor nos fuéramos al hotel porque me sentía cansada y Lina estaba igual. Mientras esperaba que el padre se despidiera afuera del negocio, un borracho que caminaba por la calle, se me vino encima e inmediatamente lo alejé con las manos antes de establecer contacto físico. Me sorprendió mucho el suceso, pero el padre nos contó que ese pueblo como muchos en el llano había vivido la abundancia del petróleo y aunque eso ya solo era un recuerdo varios hombres se habían acostumbrado a las trabajadoras sexuales jóvenes que permanecían en las calles hasta altas horas de la noche y que tal vez el tipo pensó que yo podía ser una, aunque yo llevaba puesta una camiseta holgada larga, unos leggins morado y unas zapatillas para trotar.

Lo cierto es que a principios del siglo XXI, Puerto Gaitán comenzó una transformación con el boom petrolero que colocó a Colombia entre los 20 mayores productores del mundo hasta a mediados del 2014, cuando se esfumó la bonanza con el petróleo y los negocios quedaron en bancarota como en el caso de los hoteles de lujo, obligando a las trabajadoras sexuales a migrar y a otras a emplearse como cocineras.

Al día siguiente, escuchaba que Lina se arreglaba y caminaba del baño a la cama y al contrario varias veces, mientras yo me abrazaba a la almohada negándome a dejarla. Alcancé a abrir los ojos y pregunté por la hora mientras Lina se peinaba el cabello recién lavado, dijo: “Son las siete”, la miré y le dije: “ahora me levanto”, cerré los ojos.

Al abrirlos me di cuenta de que eran las ocho, así que me levanté rápido para alcanzar a Lina quien ya estaba lista, mientras me bañaba le di a Lina el manual del misionero, un texto que escribimos con un grupo de jóvenes universitarios y un diácono para que ella tuviera una mayor idea de lo que nos encontraríamos en el camino, ya que era su primera experiencia de este tipo a pesar de ser cinco años mayor que yo. Es entendible sabiendo que Lina hace parte de una familia costeña, en la cual la unidad y los consentimientos hacia ella son notables.

Así, los tres partimos hacia el caserío en una chiva, por horas la tierra color rojo volaba por todas partes cubriendo la ropa, las gafas, los ojos, los dientes, todo tenía polvo rojo. Lina decía constantemente: ¡Oye! ¡Mucho polvorín! En el camino nos encontramos con indígenas que se enfrentaban con el ejército debido a fuertes diferencias con una petrolera del sector que aún operaba en el lugar, algunos se subieron al bus pues estaban cansados de luchar por varios días. Ese día nos hospedamos en una casa prefabricada blanca ubicada en una vereda llamada Planas.

Al día siguiente, sonó el despertador del celular flecha del padre, también el de Lina, y se levantaron casi al unísono. La luz de la sala donde duerme el padre entró por el velo del toldillo, y me despertó, irremediablemente tuve que levantarme a las 4:00 de la mañana. El padre se bañó a totumadas en la alberca, donde no se veía nada por la oscuridad de la madrugada y luego nos correspondió a nosotras.

Media hora después todos estábamos listos y salimos caminando por el pueblo hacia la capilla, al llegar nos encontramos con un grupo de personas esperándonos, eran más o menos diez, una familia, una pareja adulta, una señora mayor con buen estado de salud y niños con quienes el padre realizó una reunión. Salimos de ahí y empezamos a caminar por la vía principal del pueblo, por donde nos trajo la flota el primer día, lo que ellos consideraban el centro ya que a los dos costados de la vía había unas pocas tiendas, almacenes de ropa, panaderías y una droguería.

Caminamos tres kilómetros, aproximadamente, entre unos senderos delgados rodeados de pasto corto y pocos arbustos. En el camino conocí a una jovencita adolescente llamada Daniela. Aunque al principio no quise mucho quedarme ahí, luego me di cuenta de que ese encuentro tenía un propósito y era conversar con ella. Me contó que tenía trece años, aunque parecía de diecinueve y vivía en un internado, pero esa temporada estaba con la familia. Era una jovencita de tez extrañamente blanca para el lugar, de ojos cafés y agraciada, de sonrisa pícara. Me comentó que la religión cristiana le agradaba, se sentía cómoda, y que

posiblemente fuera porque asiste con su mejor amiga, que es casi una hermana de su edad, sin embargo, se sentía mal porque sus padres eran católicos y esperaba una respuesta de mi parte, le dije que lo más importante era tener a Dios en el corazón y procurar vivir en paz.

Daniela me escuchaba y de un momento a otro, saltamos a hablar de mi primera relación sexual. Mi pretensión al tocar el tema desde mi experiencia fue procurar un breve mensaje sobre conservarse a sí mismo y darse a respetar porque la vi un poco confundida, y me preocupaba un poco ese tema. Nos confiamos algunas intimidades e hicimos amistad.

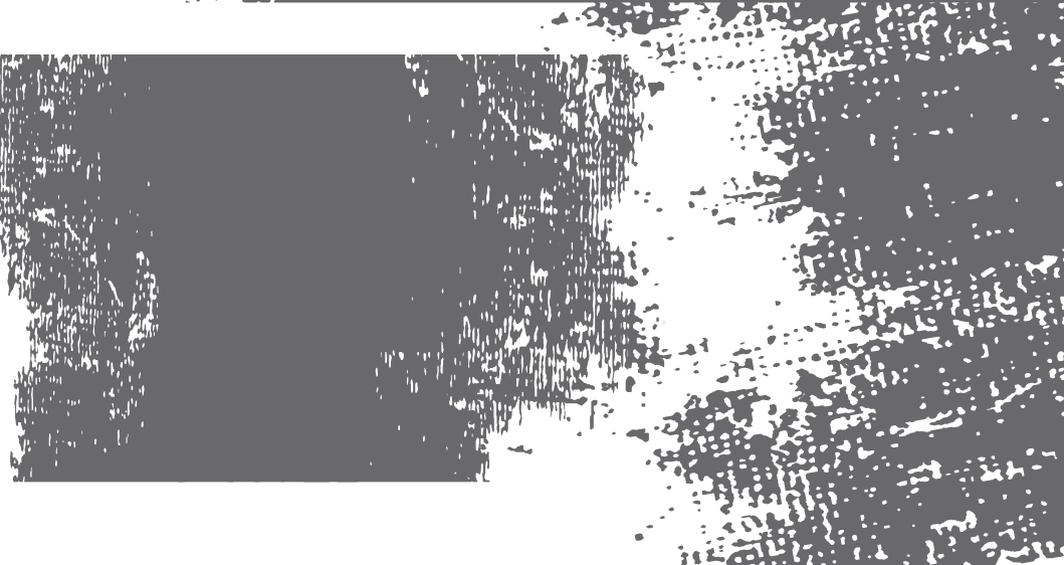
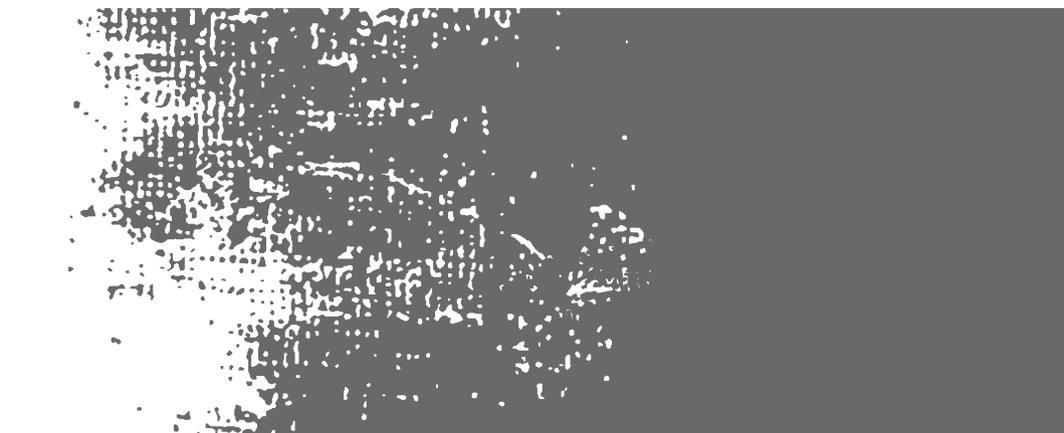
Al siguiente día salimos de caminata con Daniela, su hermanita y otros niños, también adultos conformando un grupo de 20 personas aproximadamente. Llegamos a la laguna Jaramillo, era casi como un oasis en la montaña, que pertenece a los indígenas quienes la protegen por tratarse de un recurso hídrico, dicen que está habitada por un gran guío, que la cuida porque es sagrada. Al verla sentí admiración y respeto. Se veía como un pozo verde translúcido de unos 30 metros cuadrados, del cual comentan nadie ha podido tocar su fondo, está llena de vegetación y rodeada por formaciones de greda y las copas de los árboles la cubren.

Fue el padre Ernesto quien se quitó su camiseta, y se metió a la laguna con el pantalón de sudadera que llevaba, empezó a nadar, cuando una perra llamada Princesa que pertenecía a una de las participantes de la caminata empezó a perseguirlo. Angélica me miró y me propuso lanzarnos, por lo cual nos abalanzamos sobre el agua fría. Me impresionaron las figuras que forman las hojas de los árboles cuando entrelazan con los rayos de sol, se pueden apreciar al flotar boca arriba en el agua. Luego tuvimos que excusarnos con los indígenas por no haber pedido permiso para ingresar a la laguna, qué vergüenza, pero valió la pena.

En las noches nos reuníamos en torno al chinchorro del padre a conversar sobre Judas y la parte que le correspondió en la historia, “a alguien le tenía que tocar ser el malo, eso es importante” decía, y surgían cuestionamientos como ¿Qué sería de la historia sin el personaje antagónico? ¿Qué sería de la Biblia sin Judas? ¿Cómo hubiera sido la historia de la salvación? ¿Hubiera tenido que haber otra historia con otro traicionero y traicionado? También hablamos de la guerra, de África, de literatura y del libro que llevé para pasar las noches: *Satanás*, de esos libros que se vuelven amigos y compañeros en el camino de la vida.









COLCHA DE RETAZOS

AUTOR: JOSÉ LUIS APONTE. GANADOR,
CATEGORÍA DOCENTE, AÑO 2016 (EMPATE)

Sería un insulto decirle costumbrista a este relato. El costumbrismo fue una corriente literaria desarrollada por intelectuales profesionales que, en sus peores manifestaciones, se inventaban un modelo moral y social del campesino arquetípico y lo explotaban por medio de melodramas o fábulas morales para el consumo masivo de las nuevas masas urbanas latinoamericanas. Pero, si bien el autor de esta crónica es él mismo un intelectual profesional (¿Cómo más caracterizar a un docente universitario?), es claro como el agua que su intención no es la explotación del tan manoseado relato del migrante rural, sino el rendir un tributo al origen, al tellos de que hablaban los antiguos griegos, representado por esa figura máxima que vibra de orgullo en el último párrafo, y que es la madre del mismo narrador. Asume con toda conciencia un lenguaje que no es una abstracción artificial de motivos populares, sino una condensación de recuerdos íntimos, plagada de referencias culturales muy queridas para todos aquellos que compartimos esa generación: los cuentos de Kalimán, los colores Prismacolor, los cuadernos Cardenal. El autor convierte en épicos a personajes desconocidos como los dueños de casas y colegios, los gerentes de empresas o a turistas de paso, de una manera que sería imposible de lograr recurriendo a una prosa más maquillada.

Soy, José Luis Aponte nací el 11 de mayo de 1962, en Bogotá, en el barrio Río Negro. De familia de escasos recursos económicos, mi madre trabajaba en casas de familia, nosotros permanecíamos en la cocina o en el cuarto que le daban a ella. Mi familia era: mi mamá, María Agustina, mi hermana Gilma y yo, José Luis. En ese entonces habitábamos en un lote con vivienda en el barrio Sevilla, junto con mi tía Luisa y su hija Gloria. Nosotros cuidábamos la casa mientras mi tía ayudaba a su prima, que tenía siete hijos en el barrio 20 de julio.

Mi infancia transcurrió en el solitario lote, ya que todos salían a trabajar, mi tía siempre decía “que el que quisiera comer tenía que trabajar”, así que yo no era la excepción, lavaba patios, cuidaba carros y otros trabajos, de esta forma colaboraba con los gastos de la casa. A mis siete años estudiaba en la escuela Carlos Sáenz de Santamaría en primero de primaria; a mitad de 1969 a mi mamá le salió un trabajo en el centro de la ciudad en un hotel llamado *Florián*, la dueña una señora llamada Emma, le ofreció a mi mamá el pago de mi colegio, así que yo me fui con ella y mi hermana se quedó pagando arriendo en el lote de mi tía.

En el *Florián* mientras mi mamá cocinaba, yo cumplía otras tareas en el hotel, barrer, *virutear*, tender camas, hacer mandados, traer el mercado de la plaza, meter el carbón a la estufa, y la principal, cuidar la puerta. Con estos trabajos extras me ganaba unas propinas que los turistas me daban y las ahorraaba para ayudarle a mi hermana con el arriendo cuando iba a visitarnos el fin de semana. En ese entonces el dólar valía \$25 pesos, para mí era mucha plata, lo que me sobraba me lo gastaba en roscones, e historietas como de *Tribilín*, *Kaliman*, *Tío Rico*, *el Pato Donald*; así llegué a tener una colección de 1.000 cuentos, que luego se convirtieron en mi primer negocio, los extendía en la sala del hotel y los alquilaba a los turistas, era mi dinero invertido.

Un día cualquiera a uno de estos turistas gringos le caí bien y comenzó a invitarme a cine, me compraba chocolates, colores prismacolor por 24, que era lo más costoso de la época y lo máximo para mí, era el sueño hecho realidad, ¡mis propios colores finos!, era tal el agrado que él y su esposa me tenían que le ofrecieron a mi mamá que me dejara viajar con ellos a Estados Unidos, que ellos se hacían cargo de mí; para mi mamá fue una ofensa a tal grado que les respondió “que si querían hijos téngalos ustedes mismos”, y para cerrar la charla me miró seria y dijo “¡eche pa’ dentro!” empujándome. La dueña del hotel estaba animada, pero mi mamá no, al otro día viajaron; después de varios meses me enviaron una fotografía que me habían tomado en el jardín (ahora lo pienso y fue mi primera oportunidad de salir del país).

Mi trabajo en el hotel se terminó y terminé saliendo de allí porque la señora incumplió el trato, y me regresé con mi hermana, en el barrio Sevilla, donde la tía; nos colaboramos mutuamente, le pagamos el arriendo y duramos tres años con ella, mi rutina era esperar a mi hermana en las noches en la avenida de regreso del colegio, ella llegaba a cocinar y me cuidaba, ya tenía nueve años.

En 1970 llegué a la Escuela Carlos Sáenz de Santamaría, pero no llevar onces o quitársela a mis compañeros me implicaba castigos. En medio de todo eso cursé segundo y tercero de primaria, hasta que me sacaron, regresé a la Escuela Sevilla para estudiar cuarto de primaria, igual sin materiales, colores, cuadernos, y también me echaron.

Terminé la primaria en 1976 de nuevo en la Escuela Carlos Sáenz de Santamaría, ese año fue especial, porque entré a trabajar como mensajero de domicilios en una droguería en el barrio San Patricio, llamada *Santa Paula*. Ya tenía 14 años, mi hermana Gilma que me llevaba 6 años, se casó cuando ella tenía 20 años y se fue a vivir con su esposo Gabriel,

con este acontecimiento yo quedé a cargo de todo, de mi mamá, de todo el arriendo, alimentación, vestuario, todo. Al finalizar el año, otro acontecimiento fue la muerte de 6 de mis compañeros del curso, porque se fueron a nadar a un lugar de aguas estancadas, fue un año ¡agridulce!

Ya en 1977, entré a estudiar el bachillerato en el colegio Cristo Rey en la calle 80 frente a la Escuela Militar de Cadetes desde las 6:45 a.m. hasta la 1:00 pm., gracias a una buena samaritana conocida de mi mamá, me regaló una docena de cuadernos Cardenal rayados, lo cual me animó a seguir estudiando, porque seguíamos tan pobres como cuando era niño, y por otra parte me ascendieron en la droguería, ya atendía el mostrador ganaba más y era el jefe del mensajero, ¡era todo un ascenso!

Para ese entonces mi hermana Gilma se compró un carro de madera y buscó un espacio para vender ropa en el centro de la ciudad, es decir, ambulante en la vía pública, igual fui a ayudarle, por mi parte me compré una maleta y en ella cargaba medias, interiores, que las vendía a crédito o en efectivo.

Así pasó, hasta que llegué a quinto de bachillerato que me tocó cursarlo en la noche, me dio durísimo por el frío, el hambre y lo demorado del transporte, y para completar me hice amigo de los vagos del colegio y casi me tiro el año, habilité tres materias: física, química y trigonometría, me senté a llorar porque no era bueno en matemáticas, salvé el año pidiéndole ayuda a un amigo y no yendo a trabajar por tres días, y valió la pena porque salvé el año.

Seguí en mi ascenso laboral, y ya era auxiliar de Auditoría interna, usaba corbata, y me obligaba a prepararme en la parte con-



table, entonces busqué en Chapinero una academia llamada Pittsburg y me matriculé en contabilidad general un semestre.

Ya tenía 20 años y pocas novias, igual no había tiempo, y además porque venía de una decepción de mi novia que se consiguió otro. Ante tal tristeza le pedí a Dios de rodillas que me enviara una persona que me quisiera mucho, que tuviéramos tres hijos y nos mantuviéramos hasta la muerte, así que en una noche al salir de clase del Instituto fui al Only y me compré una almohada e iba de regreso a coger el bus, me encontré con mi prima Esperanza y me presentó a su compañera de estudio Martha, me incitó a que las invitara a cine y accedí. Fuimos a ver *Rambo 1*, era el 27 de marzo de 1983, ese día comenzamos a acercarnos con Martha, luego nos hicimos novios, ese año perdí el curso de contabilidad, ya no veía números sino corazones.

El 14 de noviembre de 1987, nos casamos con Martha y a los 8 días me gradué de técnico de contabilidad y finanzas en el SENA.

Para 1988, nació mi hija mayor Jenny Andrea. Empezamos a construir nuestra casa en obra gris y mientras trabajábamos mi mamá cuidaba la niña, así fuimos comprando materiales y construíamos, ya a los dos años y medio mi hija entró al jardín del barrio, yo colaboraba con la junta de acción comunal de San Cayetano en los comités de salud, educaba a los vecinos a echar las planchas de sus casas, pavimentar las calles, hasta 1992, que nació mi segunda hija Diana Milena, en ese mismo mes ingresé a estudiar administración de empresas en la Universidad Cooperativa de Colombia.



Una navidad mi esposa estaba en el trabajo y llegaba tarde, entonces estaba acostado y escuché cantar unos villancicos y se me ocurrió disfrazarme de Papá Noel, me fui a la casa de los vecinos con dulces y diciendo ¡Jo Jo Jo Jo!, y así lo hice por ocho años. Me gradué de administración de empresas en 1997, fue el momento más feliz de mi vida y el que recuerdo con alegría cuando subí con mi mamá al auditorio de la Beneficencia de Cundinamarca y recogimos el diploma, ese día cantó Carmina Gallo, la mezzosoprano colombiana, mi madre tenía 73 años y yo 35.

De CIME (Centro Integral Empresarial), un instituto que queda en Chapinero más exactamente en la calle 53, para mi sorpresa, me llamaron para enseñar cuatro asignaturas: lenguaje profesional, ofimática, derecho comercial y derecho laboral, y por tres meses seguidos me eligieron el mejor docente, enseñar lo hacía después de mi trabajo, allí descubrí mi vocación como docente.

Debido a que no se dieron más oportunidades laborales en Coopidrogas, en el 2000, hice una propuesta de negociación con la indemnización con el nuevo gerente René Cabanzo, y se llegó a un acuerdo con una indemnización del 75% del total, con ese dinero pensé en colocar una droguería, pero con \$12.000.000 no alcanzaba, entonces compré un negocio de comidas ya instalado en la Universidad Nacional llamado *Sazón y Sabor*, con el fin de no convertir la indemnización en plata de bolsillo y pensando en el dicho popular ¡que del cuero salen las correas!, es decir, que con las ganancias pagaba deudas y colocaba mi empresa familiar.

Nada salió bien por mi inexperiencia, ya que nos robaron en la casa ¡se llevaron todo!, eso me desanimó mucho, así que vendí la casa y compré otra en el barrio Aures II, por otra parte, empecé a asistir a la Iglesia Misión Carismática Internacional, Renacimiento y Fuente de Vida, pero todos los pastores y líderes solo hablaban de diezmos, y nada de

alimento espiritual, así que no volví a ninguna. Cada cero del año 2000 significó un cambio de casa, de trabajo, de empresa y creencia, al final solo confiaba en Dios.

Desde 1981 hasta el 2000, que trabajé en Coopidrogas como auditor interno 48 horas a la semana haciendo actividades rutinarias y desde 1998 hasta hoy, 2016, encontré en la docencia una oportunidad de desarrollo personal, profesional y pudiendo transmitir conocimiento en áreas administrativas y contables a estudiantes de diversas disciplinas ingenieros de todos los programas, administradores de empresas, contadores, publicistas y de mercadeo, negocios internacionales, diseñadores de modas, en instituciones como la Santo Tomás, Área Andina, Uniciencia, Tecnoamericano, San José, la Cooperativa, Inpahu, Cidca, Academia Paciolo, Corporación A.E.S., Gimnasio Santander, CIEM, CUN, Parroquia San Agustín, Centro Andino, ISES. Los Libertadores, en 50 materias diferentes, un día descubrí que si usted sabe leer y escribir puede enseñar lo que quiera, ya que existen recursos tecnológicos de consulta, eso mezclado con experiencia universitaria, un conocimiento académico, pasión por lo que se hace y amor a los demás, todo lo que da la escuela de la vida, ya que al fin y al cabo los estudiantes son nuestros clientes, ¡así lo veo yo!

En la Universidad Cooperativa vi un total de 60 o 70 materias, con 70 profesores diferentes era muchísima información difícil de grabar, y desafortunadamente son pocos los docentes que se destacaban por su buen método de enseñanza, esa mala suerte la tuve yo, pues mis profesores no asistían a clase, entonces decidí después como profesor no faltarles a mis alumnos a clase, llevarlos a visitas a empresas para confrontar la teoría con la práctica por si no me entendían. Un día cerré los ojos y traje a mi mente todos los profesores que habían contribuido con mi formación, desde la primaria hasta ese momento de 1998 en donde mezclé los métodos

que aprendí, porque los estudiantes aprenden de todas las formas y estilos.

Mi ansiedad por enseñar era tan grande que llegó ese día en que me dijeron que iba a dar clase, me puse feliz, pero esa misma semana escuché por Caracol noticias, que un estudiante le había pegado a un profesor 20 puñaladas en un baño, quedé pasmado y me preguntaba por qué sucedió, y tomé la decisión en ese momento de fijarme unas normas como:

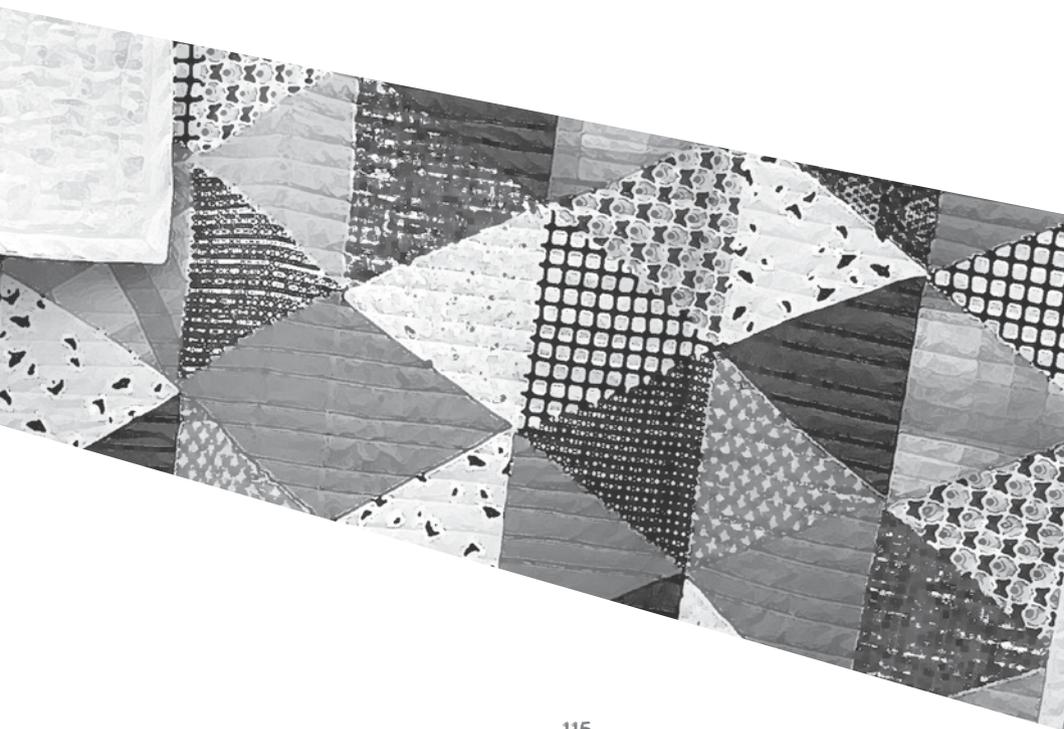
1. Enseñar con amor es tan efectivo que hasta la Biblia se resumen en *Dios es amor*.
2. No consumir licor con mis estudiantes, porque se pierde la autoridad y el respeto.
3. No involucrarme emocionalmente con las estudiantes.
4. No regalar nota, pues nada es fácil ni gratis, y el mercado laboral es competitivo.

La universidad Los Libertadores fue de crecimiento académico, administrativo y personal me proporcionó estabilidad por 15 años, respeto por el docente pagando oportunamente su salario, y una amplia confianza en el método para transmitir enseñanzas a los estudiantes con el lema *Hágalo como quiera, pero hágalo bien*. La unicencia y su programa de Diseño de Modas, me permitió como docente desarrollar la habilidad y destreza de ganarme la confianza de los estudiantes, esto implicaba aceptar a aquellos que tenían diferentes tipos de orientación sexual (LGBTI), grupos étnicos (afro, indígena, raizal, palenquero y otros) o algún tipo de discapacidad (visual, auditiva, congénita, múltiple, mental, física), y diferentes tipos de creencias, entonces entendí que nuestra conexión estaba en la información que compartíamos de las diferentes materias en el día a día., Ahora estoy en la Fundación Universitaria del Área Andina, una institución con mucho futuro y sé que aquí lograré avanzar, incluso ya lo estoy haciendo como docente

de medio tiempo de los programas de contaduría pública y negocios internacionales.

Quiero dedicar esta crónica a mi madre María Agustina Aponte Galindo, que falleció el 18 de abril del 2007 a la edad de 83 años, agradezco a Dios por dejarme compartir gran parte de mi vida con ella, es curioso, con ella aprendí a ser una persona correcta gracias a su filosofía poco ortodoxa, pero efectiva *La letra con sangre entra*, y su única escuela fue *La universidad de la vida*.

Colcha de retazos: las circunstancias incidieron en mi vida, afortunadamente han sido manejables con la ayuda de Dios.







EL CAMINO DEL PLACER

POR: HANNA CAROLINA NIÑO. GANADORA,
CATEGORÍA ESTUDIANTE, AÑO 2016.

*“He visto a la virgen, me ha
dicho que me drogue. He
visto a la virgen, me ha dicho
que ella también se pone”*

Esta crónica no sólo es valiente y desinhibida: es un auténtico manifiesto de que la verdadera moral se construye a partir de una relación libre e independiente con el mundo. La autora no solo quiere darnos un paseo por el lado encendido e incendiario de la juventud urbana, con su velocidad y sus excesos, sino que además se documenta, nos explica la racionalidad de esa manera de vivir, cuáles son sus recompensas. En esta época tan dada a juzgar y catalogar las actitudes heteróclitas, tan segura de qué es lo sano y lo sustentable, solo tenemos que leer esta obra para preguntarnos si no nos hemos salido del verdadero camino del placer. El epígrafe proviene de un mítico grupo de rock underground español llamado Putilátex.

El ser humano desde su nacimiento aprende a conocer el mundo a través de sus sentidos, construye sus relaciones desde lo que genera placer o desagrado, y para muchos de nosotros el placer es un camino en el cual no encontramos obstáculo alguno. Muchos se quedan perdidos en una sola tentación, haciéndose dependientes de ella, pero muchos otros, quizá en pro de aquella búsqueda inalcanzable, siempre buscamos algo diferente.

Desde muy joven me vi seducida por todo aquello que a gran parte de la humanidad le era prohibido, mi curiosidad me llevó a vivir experiencias de las que no me arrepiento, gracias a todas estas vivencias hoy tengo claro lo que quiero. Todo empezó cuando incursioné en el mundo gay. A diferencia del ambiente heterosexual, en este mundo se puede experimentar una libertad increíble, que solo quienes la hemos vivido podemos entender. Aparte, el grupo de amigos en particular con el que emprendí esta travesía estaba compuesto por varios chicos gay, dos lesbianas, dos parejas heterosexuales y yo, una mujer que para ese entonces después de un extraño andar tenía por fin la claridad de ser bisexual. A mi grupo nos unía el amor a las innumerables sensaciones que encontrábamos en las rumbas clandestinas de Bogotá, especialmente en los Bogotrax de los años 2007 y 2008, los cuales estaban llenos de *drum and bass*, sexo, drogas y demencia total. Creo que ha sido una de las mejores épocas de mi vida.

Todo empezó un fin de semana en marzo de 2007, mi mejor amigo, que era gay, me pidió que lo acompañara a un bar en Chapinero que era solo para chicos y chicas menores de 19 años. Me fue imposible negarme, mi intención solo era ir a observar, quizá era morbo, no lo sé. Cuando llegamos no sentí miedo ni sorpresa, en realidad me sentí muy a gusto, como si aquel fuera mi lugar. La tarde fue transcurriendo entre música y risas, cuando a lo lejos veo una chica que me

pareció muy atractiva y se lo manifesté a mi amigo. Mientras hablaba con otras personas mi amigo se acercó a escondidas a ella llevándole un Bon bon bum de mi parte, el desgraciado siempre tan impertinente, al entregarle el dulce le pidió que bailara conmigo, la vi sonriendo desde lejos.

En un momento sentí que alguien tocó mi hombro, al girar vi su sonrisa, era alta, su cabello largo llegaba más debajo de los hombros, rubio y ondulado al final, con una mirada seductora, era imposible no sentirme invadida por aquellos ojos verdes, por el color caramelo de su piel, y su aroma, cuando se acercó a mi oído para invitarme a bailar, me sentí muy nerviosa por ese primer encuentro, una sensación extraña recorría mi cuerpo y solo anhelaba verla bailar ante mí. Nunca había experimentado algo igual.

Bailamos un par de canciones. En medio del humo, el ruido y las luces era necesario estar muy cerca la una de la otra para poder hablar. Mientras bailábamos me contó de su familia, de su vida, de lo difícil que ha sido que su familia aceptara su homosexualidad y la curiosidad que le causaba el hecho de que siendo heterosexual yo me encontrara allí. Por mi parte no podía dejar de ver su boca, hubo un momento en que estábamos en silencio, empecé a acariciar su espalda, sentía como su respiración se aceleraba, como su boca estaba cada vez más cerca de la mía, y sin darme cuenta nos estábamos besando. ¡Fue excitante!, increíblemente placentero, jamás había sentido tanto anhelo de poseer a alguien con un simple beso. Pero es que no fue tan simple, sus labios suaves, su boca húmeda y fría, considero que ha sido uno de los momentos más eróticos de mi vida, sentir su piel y su calor al ritmo del *Remember de Summer Love*. Cada vez que escucho esa canción me es imposible no recordarla. Me quedé jugando con su pelo y su lengua hasta altas horas de la noche. Aquel día, solo intercambiamos celular y correo electrónico, era la época en que el *Messenger* y *Myspace* era lo más popular.

Durante toda esa semana hablamos casi todos los días. Anhelaba que llegara el domingo para volver a verla, pensé tanto en ella, pero más que su rostro recordaba esa extraña sensación que me produjo poder sentirla. Quería vivir mil cosas con ella, me desconcertaba, quería descubrir y saborear cada rincón de ese cuerpo, no sabía por qué el cuerpo de una mujer me generaba tanto deseo, tanto placer. Soñaba con ella, la deseaba tanto que mis mejores orgasmos llevaron su nombre por largo tiempo.

Cuando volvimos a vernos, ella sugirió tener una relación conmigo, lo que ella no sabía era que yo tenía novio en ese momento. Estudiábamos juntos, pero desde que la conocí evitaba cualquier contacto con él, aunque existía el compromiso, nunca pude decirle nada, tenía miedo de perderla, de perder la oportunidad de sentir que era amar a una mujer. Aquella tarde recordaba cómo la devoraba centímetro a centímetro como bailaba para mí, me tenía embrujada con sus movimientos, no me importaba ir contra el mundo, salíamos y no me importaba besarla frente a la gente, me gustaba ver la expresión de sorpresa de los demás cuando caminábamos de la mano. Salimos por un mes, y un día simplemente desapareció.

Desde aquel momento empecé a hacer nuevos amigos, también a frecuentar diferentes lugares de rumba gay y *underground* en Bogotá, logré entablar excelentes relaciones con personas únicas; los conocí en todos sus aspectos más profundos, desde la ira más grande hasta la locura total, al punto de clímax más extremo. En medio de drogas cada fin de semana o simplemente compartiendo unas onces en Galerías con chocolate y galletas, perdidos en las alucinaciones de los hongos o verlos a todos extasiados mientras se besaban unos a otros en medio de orgías demenciales, mientras hablábamos con los amigos a las cinco de la mañana con un tinto en la mano, un cigarrillo en la otra y diciéndoles qué

posiciones queríamos ver. Cada noche fue una nueva experiencia que llenó mi vida de recuerdos inolvidables llenos de placer, quizá un poco menos, pero hubiera querido experimentar más, hoy casi diez años después, recuerdo con agrado cada olor, cada imagen, cada cuerpo, cada fluido, cada gemido con el mismo placer del primer día, y aun los extraño.

La última noche en que todos nos reunimos para celebrar el cierre del Bogotrax en 2008, contamos con la fortuna del viaje de los papás de un amigo. Allí en su casa de Cedritos logramos vivir una noche inolvidable. Todo empezó a las 8 de la noche, nos encontramos algunos amigos para ir a comprar lo que tomaríamos, mucha cerveza, cigarrillos y vodka para el cóctel; poco a poco fueron llegando todos, al final éramos 18, y al son de *Putilatex* empezamos a preparar los cócteles: que sería jugo de maracuyá y vodka, pero uno de nuestros invitados llegó con algo inesperado, un cuarto de marihuana. No tuvimos más remedio que hervir una parte y preparar con el agua restante el jugo de maracuyá, armando así el mejor cóctel que he probado.

Eran las diez y escuchamos una moto llegar a la puerta, ya estábamos algo locos y la paranoia les hizo pensar a algunos que había llegado la policía. En medio de risas solo podíamos repetirnos: ¡Pilotéenla, serios todos...! Cuando el dueño de la casa abrió la puerta, se empezó a reír muy duro y vimos entrar a Barragán nuestro *Dealer*, que decidió acompañarnos aquella noche. Llevó tanto perico que sobró hasta el fin de semana siguiente. Cuando ya estuvo todo listo decidimos sentarnos juntos alrededor de la mesa y brindar, cada uno tenía su cóctel, su cigarro y una línea al frente, con la llave de colores que todos compartíamos durante largo tiempo, brindamos por estar juntos y nunca habernos dejado llevar por prejuicios, todos olimos, bebimos y empezamos a bailar.

A medida que fueron pasando las horas empezó a llegar más gente, cada cual se encontraba en una etapa diferente, algunos medio ebrios, otros muy turros y otros algo alterados por el perico, todos en su cuento disfrutando de diferentes sensaciones que transportaban la mente a otro lugar. Cuando entró el sexo a jugar a esta ruleta fue aún mejor, cuando fumas hierba y juegas con otra boca, otro sexo, otro ser, tus sentidos solo se centraban en lo que deseabas, se agudizaban, elevaban y te llevaban fuera de sí, sin importar quien estuviera a tu lado, solo importaba el clímax. Y así fue, el que era mi pareja en aquel entonces llegó pasada la media noche, escapado de su casa, porque era un poco menor que yo, pero no me importaba, ya que no existía mayor placer que enseñarle a alguien casi virginal todo aquello que te gusta. Entramos a una de las habitaciones y el deseo no nos dejó esperar, mi boca estaba fría y húmeda a causa de todo el perico que había consumido en esas pocas horas, no sabía si mi corazón estaba a punto de salir de mi pecho por ello, por la excitación del momento, fue un amanecer muy largo entre aquella piel y esa boca, la sensibilidad de mi cuerpo al tacto se duplicó por el alcohol, la yerba nos dio al cuerpo resistencia para cumplir todas las fantasías y la ausencia de sueño dada por aquel polvo blanco hizo que esa noche no me perdiera ni un detalle.

Al salir de la habitación ya era de día, nos sentamos en el borde de la puerta a fumarnos un cigarrillo con algunos de quienes estaban despiertos o que no estaban tirando, nuestro desayuno fue una cerveza en medio de risas, hablando con detalle de todo lo que pasó esa noche; algunos de ellos ya no viven en la ciudad, otros se perdieron en el consumo, uno murió y otros al igual que yo, hoy tenemos una vida plena, y que de acuerdo a la sociedad sería la vida para salir adelante, pero en el fondo de mi ser, desearía vivir de nuevo aquella noche, repetirla algunas veces al año, y dejarme llevar por todo aquello que deseo.

Bien decía el Marqués de Sade que el acto del placer es una pasión subordinada todas las demás a sí misma, y que al mismo tiempo las unifica. Cuando se nace para el libertinaje es inútil soñar con imponerse frenos, de inmediato el ardor del deseo los quema. Entonces, ¿por qué el ser humano se niega tantas veces lo que desea, a lo más simple como las experiencias sexuales, una caricia, un buen café y un cigarrillo? Al final moriremos de cualquier cosa ¿por qué nos auto flagelamos al desear al otro, a no entregarnos a complacer nuestros sentidos, al alucinar, al experimentar cosas tan extrañas como en nuestros sueños, si en cada beso te deshaces, sin cada risa prohibida te cambia el día, si con cada placer que te da la más pequeña experiencia vuelves a vivir? A lo largo de nuestra vida todo será un nuevo comienzo y un nuevo final, pero se es joven solo una vez, por eso vale la pena arriesgarse, equivocarse, cambiar, intentar, reinventarse y mandarlo todo a la mierda, al final, como dirían por ahí, “¡lo bailado nadie nos lo quita”!

*Este libro se terminó de imprimir y
encuadernar en Entrelibros e-book solutions,
en diciembre de 2018. Fue publicado por la
Fundación Universitaria del Área Andina.
Se empleó la fuente tipográfica Lato.*